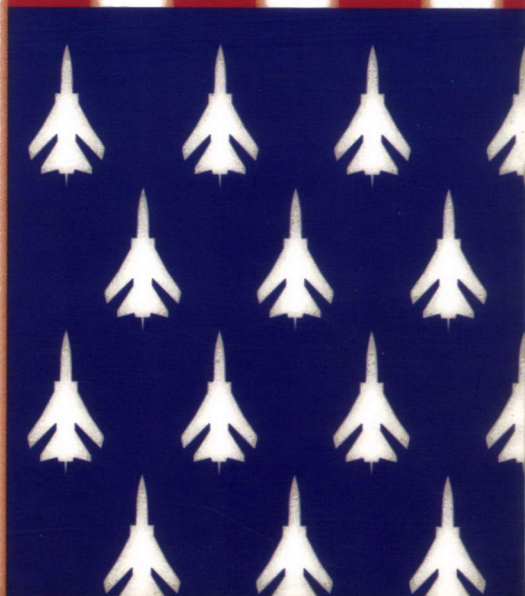


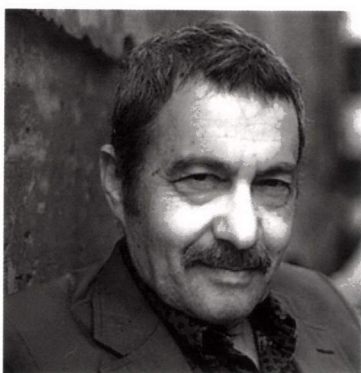
MICHAEL PARENTI

TERRORISMO LA GRAN EXCUSA

**Lo que los Estados Unidos
no quieren saber de ellos mismos**

KALE
liburuak
GORRI





MICHAEL PARENTI

***Michael Parenti nació en 1933
(Estados Unidos).***

Consiguió el título de Doctorado en Ciencias Políticas en la Universidad de Yale en 1962. Ha impartido clases en varios colegios y universidades de los Estados Unidos y de otros países.

Sus escritos han sido traducidos al bengalí, chino, holandés, alemán, francés, griego, italiano, japonés, polaco, portugués, castellano y turco.

Conferenciante internacionalmente conocido, Parenti es un importante analista político de EEUU y tertuliano en debates de radio y televisión.

Su información ha alcanzado una amplia gama de audiencias en Norteamérica y en el exterior, publicando numerosos artículos en las revistas *CovertAction*, *Quartely*, *Z magazine*, *New Political Science*, *Montly Review*, *The Humanist*, *Dolars and Sense*, *The Nation*...

Ha escrito diecisiete libros, entre ellos, *To Kill a Nation: The Attack on Yugoslavia* (Verso Books, 2001), *America Besieged* (City Lights Books, 1998), *Against Empire* (City Lights Books, 1995), *Inventing Reality: The Politics of News Media* (St. Martin's; second edition, 1993).

9€

no 73305

TERRORISMO, LA GRAN EXCUSA

Michael Parenti

TERRORISMO, LA GRAN EXCUSA

*Lo que los Estados Unidos
no quieren saber de ellos mismos*

KALE
liburnak
GORRIA

Titulo original en inglés:

The Terrorism Trap, September 11 and Beyond,
City Lights Books, 2002

Traducción: Gustavo Luca

Ouvrage protégé par la Loi 22/1987 du 11 de novembre de la propriété intellectuelle. Les infracteurs des droits reconnus en faveur du titulaire ou bénéficiaire du © pourront être demandés d'accord avec les articles 123 à 126 de cette Loi et pourront être sanctionnés avec les peines signalées dans la Loi Organique 6/1987 par laquelle l'article 534 du Code Penal est modifié. Interdite la reproduction intégrale ou partielle à travers n'importe quel moyen, les systèmes électroniques d'emmagasinage, de reproduction ainsi comme le traitement informatique y compris. Le droit d'emprunt public, de loyer ou bien d'une autre forme de cession d'usage de cet exemplaire est réservé en faveur de l'éditeur.

© 2002 by Michael Parenti

MIATZEN SARL

Couverture: KALEGORRIA

Première édition: novembre 2002

ISBN: 2-84747-005-0

Depôt legal: NA.3144/2002

Impres a Gráficas Lizarra

A Nancy J. Peters de la editorial
City Lights Books (de San Francisco de California,
editora de *Terrorismo, La Gran Excusa* en 2002)

que, además de animarme a escribir
este libro con la promesa de que
sería publicado de inmediato, hizo una
autorizada lectura final del manuscrito.

A Marilyn Bechtel, que me transmitió su
experiencia para el capítulo sobre Afganistán.

A Jane Scantlebury, que me facilitó
documentación de enorme interés así como ideas de
utilidad y una lúcida crítica del texto final.

A Peggy Karp, antes Peggy Noton, por su
ayuda en varios proyectos editoriales.

A ella quiero dedicar este libro.

ÍNDICE

PRÓLOGO: Preguntas sobre el águila que vuela con las dos alas a la derecha (Gustavo Luca)	11
EL TERRORISMO Y LA REACCIÓN SE DAN LA MANO	
LA MANO	17
Más para la guerra.....	18
Cómo se azuza al perro	21
Los reaccionarios de dentro.....	24
Reparto de dividendos	30
EL IMPERATIVO DEL 11S.....	
Cómo se ignora el militarismo global de los Estados Unidos	35
Estados Unidos	36
Cómo se llena el vacío nacional	38
¿Un cambio definitivo para el mundo?.....	43
Comercio libre contra terrorismo	49
POR QUÉ SUCEDIÓ	
Matar por Dios y por la Patria	55
Causas condicionales.....	60
Por qué nos odian	62
“Culpar a Norteamérica”	66
AFGANISTÁN, UNA HISTORIA POR CONTAR..	
Algo de historia real	77
	78

La jihad y los talibanes dirigidos por la CIA	82
La Santa Cruzada del petróleo y del gas	89
¿Lo sabían antes?	91

EL PORQUÉ DEL INTERVENCIONISMO

NORTEAMERICANO.....	97
Todo por la derecha	98
Ataques contra la izquierda	103
Después de la contrarrevolución	108
Predicar es más importante que dar trigo	112
Conjura, incompetencia y rutina	117
El argumento de las otras variables.....	120
 EPÍLOGO: Lo que no debemos hacer.....	 123
 NOTAS	 131

PRÓLOGO

**PREGUNTAS SOBRE EL ÁGUILA QUE VUELA CON
LAS DOS ALAS A LA DERECHA**

Los jefes de redacción de los tiempos de la Guerra Fría solían mandar a la nevera cualquier información que dejase en evidencia la falsedad e injusticia del mundo capitalista. Justificaban esta censura confidencial, de compadreo, en que no procedía hacerles el juego a los de enfrente, a los del bloque socialista o a los que se alineaban con sus ideas dentro del sistema electoral de Occidente. A los redactores jefes no les cabía la menor duda de que la primera medida en el poder de los de enfrente sería meter en la cárcel a todos los periodistas.

La anécdota procede sobre todo de las memorias de quienes trabajaron en medios anglosajones y franceses, de los periódicos que se llamaban a si mismos del Mundo Libre y que no funcionaban igual que los espacios protegidos por la censura, la inserción obligatoria, el depósito

preventivo, el embargo, la multa o la dinamita contra diarios, como la que aún aplicaban en Madrid cuando ya estaba muy avanzado el curso de la Reforma política.

Desaparecido el bloque del Este, ¿con qué imagen conmovedora podrían los jefes tocar el corazón de sus redactores para que el sistema no dejase de parecer el mejor de los mundos posibles? Vigentes como siempre las censuras de los propietarios, de los intereses de grupo, de los anunciantes... y la lucha despiadada por el salario, en el interior de las redacciones se echaba en falta un enemigo general, un ente maléfico con empaque. Descartaron los traficantes de narcóticos a la vista del riesgo de llevar la guerra al interior de Estados Unidos, que consume (según datos de su propio gobierno) más del ochenta por ciento de todo lo que sale de los campos de la amapola del opio, de los bancales de la coca y de los laboratorios de anfetaminas de todo el mundo. Les sirvió el nacionalismo mientras duró el desguace y saldo de Yugoslavia, pero era un riesgo para el Imperio la asignación de categorías morales: Tujman, el líder croata, era un nacionalista bueno y tenía un retrato de Franco y otro de Hitler en el despacho. El modelo no se podía generalizar y amenazaba la integridad de los mercados, necesaria para la Globalización. El Gobierno de Reagan prefirió el objetivo del terrorismo, sobre todo porque, aun siendo la imagen del mal en estado puro, podía ser simultáneamente un instrumento del poder y por lo tanto estar justificado con no demasiada cosmética. Los mercenarios de la *Contra* de Nicaragua, por ejemplo, luchaban por la libertad y al Gobierno sandinista-

ta legítimo se le negaba el derecho a defenderse. Esta idea es el centro del libro de Michael Parenti: la violencia de Estados Unidos (y, antes, de los franceses) sobre Vietnam, por ejemplo, era la lucha por la libertad, pero la violencia del Vietcong era terrorismo asesino. La experiencia de *insurgentes*, partisanos, revolucionarios y anarquistas no se dejaba encerrar en un concepto poliédrico, de uso ubicuo, como el de terrorismo, entre otras cosas porque la historia ha dignificado todos los símbolos y nombres de las luchas por la emancipación. Insurgentes eran, por ejemplo, los malayos que luchaban contra el colonialismo inglés, en una guerra de liberación comparable a la del Vietnam, pero a pesar de los esfuerzos de la propaganda imperial el término ha conservado una connotación positiva y heroica.

El autor advierte de que hacer hoy dentro de Estados Unidos una crítica del concepto de terrorismo y de la campaña para combatirlo puede convertir a cualquiera en huésped molesto del Estado. No por ello renuncia a comparar los atentados del 11S con los bombardeos aéreos que han matado “a los hijos de los otros” o con la ayuda a manos llenas que los embajadores de la Casa Blanca han repartido a tiranos en todo el mundo. Negarse a aceptar que sea sólo el poder quien haga las preguntas (“¿acaso está usted con los terroristas?”) y defender el derecho a la razón tiene el valor de un símbolo. Apoyando las razones de Michael Parenti en un libro anterior (*Inventing Reality: The Politics of News Media*), este documento aparece —cuando aún no han limpiado del todo los escombros del desastre de Manhattan— en una editorial cooperativa de

San Francisco que fundó Lawrence Ferlinghetti, el poeta que escribió “Y ahora nuestro gobierno/ un pájaro con las dos alas a la derecha/ vuela de zona a zona/ mientras nosotros lo pasamos bárbaro entre elecciones/ como si realmente fuese importante el nombre del piloto del *Air Force One*”. Es un libro sobre las palabras y sobre los recursos del poder para burlar su significado y está escrito desde dentro de Estados Unidos con el objeto de convencer o ayudar a pensar a los que se encuentran cómodos con la información dominante. Para ello el discurso está empedrado de citas irrecusables, sobre fuentes de sobra conocidas, y su didactismo se adelgaza a veces (“¿Por qué nos odian?”) hasta la parábola elemental.

El sistema debe tener las alas tan mal colocadas como dice Ferlinghetti cuando es preciso que autores como Parenti, Chomsky, Petras, Bugliosi o el australiano John Pilger tengan que asumir por su cuenta el trabajo de hacerse las mismas preguntas básicas que también aquí están prohibidas.

G u s t a v o L U C A

EL TERRORISMO Y LA REACCIÓN SE DAN LA MANO

En la mañana del 11 de septiembre de 2001, unos terroristas consiguieron secuestrar cuatro reactores comerciales de línea y estrellar dos de ellos contra las torres gemelas del World Trade Center (WTC) de Nueva York y otro más en el Pentágono, sede del Ministerio de Defensa de los Estados Unidos, con bajas que se calcularon en unas tres mil personas. En los días que siguieron a esta tragedia, el cuasi-electo presidente George W. Bush declaró la guerra al terrorismo. Lo que no dijo es que en ese momento lanzaba también una campaña de largo alcance a favor de los objetivos de la derecha más reaccionaria tanto en los Estados Unidos como en el resto del mundo. Entre los puntos principales de esta agenda estaba el recorte del ya menguado sector de servicios sociales federales, con reasignación a las clases sociales acomodadas de las partidas presu-

puentarias previstas para la asistencia pública. Al tiempo, aumentaba la represión de la discrepancia política y crecían desmesuradamente los presupuestos militares y las partidas de la seguridad nacional. Días después del ataque a las torres gemelas, el "Wall Street Journal" pidió a Bush que aprovecharse el *excepcional clima político creado no sólo en seguridad y política exterior sino al otro lado de la calle* con más recortes de impuestos, nuevas prospecciones de petróleo en Alaska, negociación expeditiva y enérgica de tratados comerciales e intervención de los excedentes de la Seguridad Social (1). Esto fue exactamente lo que hizo.

MÁS PARA LA GUERRA

El propio Bush hizo notar que los ataques del 11 de septiembre eran *una oportunidad para reforzar América*. Como muchos conservadores le urgieron para que lanzase al país a una escalada de guerra, el presidente declaró con orgullo *la primera guerra del siglo veintiuno* contra un enemigo no identificado y por un tiempo indefinido.

Arrastrados por este torrente de demagogia, esa reunión de narcisistas políticos que lleva el nombre de Congreso aprobó la Autorización para Declarar la Guerra que concede a Bush libertad para actuar militarmente contra cualquier nación, organización o individuo por él designado sin siquiera necesitar pruebas que justifiquen el ataque. Esta concesión ilimitada de poder que desafía el

derecho internacional, la Carta de las Naciones Unidas y la Constitución norteamericana, transforma al cuasi-eleto presidente en un monarca absoluto que puede disponer la vida o la muerte en cualquier rincón del planeta. Ni que decir tiene que muchas naciones saludaron con algo menos que entusiasmo la consagración del presidente como Rey del Planeta.

Pero lo cierto es que empezó a actuar como Rey del Planeta: tomó la decisión de bombardear a un país destrozado y pobrísimo como Afganistán por la sola sospecha de que Usamah Bin Laden, localizado en aquel territorio, podía estar detrás de los atentados del 11S. Bush llamó *Operación Justicia Infinita* a la razia de muerte y destrucción que descargó sobre el pueblo de Afganistán. Cuando advirtieron que los musulmanes podrían ver una ofensa en este nombre ya que consideran que sólo Alá puede administrar justicia infinita, la Casa Blanca rebautizó el bombardeo como *Operación Libertad Duradera*. La rectificación no causó entusiasmo ni siquiera en los medios de información incondicionales.

Entretanto, no se dijo ni palabra de que los talibanes y el mismo Bin Laden habían sido financiados y amparados desde el centro del poder norteamericano (2). Inflamado por su victoria contra los talibanes, Bush anunció en diciembre del mismo año del atentado de Nueva York que su próximo objetivo podría ser Iraq mientras el vicepresidente Cheney hacía público aviso de que otros *cuarenta o cincuenta* países estaban en una lista de los que se habían ganado un castigo militar (3). Si nos fiamos del

vicesecretario de Defensa, Paul Wolfowitz, hay razones para creer que Estados Unidos esté incluido en esa relación de países bajo sospecha. A Wolfowitz le parece urgente que se autorice al Ejército para intervenir en cuestiones de orden público interno, una facultad que se le niega a los militares desde 1878.

Presiones políticas para ofrecer un frente unido contra el terrorismo consiguieron que la representación demócrata en el Congreso transigiese en el asunto de los gastos militares. Se evaporó la oposición al llamado escudo balístico del espacio exterior, también conocido por el nombre oficial de Defensa del Espacio Nacional; se doblegó la voluntad de defender el tratado sobre misiles antibalísticos (ABM). Los legisladores parecían dispuestos a conseguir los 8.300 millones de euros que la Casa Blanca pedía para instalar el escudo antibalístico y dar un paso adelante en la militarización del espacio exterior. En diciembre, Bush declaró que los Estados Unidos rompían unilateralmente el tratado ABM suscrito con Rusia porque lo acordado “les impedía desarrollar un escudo antimisiles capaz de protegernos del ataque de un Estado delincuente” (4).

El Congreso marcó el paso detrás de Bush para que el presupuesto de Defensa para 2002 pudiese dar el salto hasta los 360.000 millones de euros y al mismo tiempo prometía más fondos para la Administración Nacional del Espacio (NSA), la CIA y el FBI y otras fantásticas unidades de nueva invención dentro de lo que ya se conoce con el nombre de Seguridad Nacional de los Estados Unidos (5).

Una vez demostrado que el monstruoso presupuesto de Defensa no llegaba para hacer frente a un grupo de secuestradores suicidas armados con cortadores de acero de oficina (*cutters*), Bush y el Congreso consideraron que era mejor meter algo más de dinero en los bolsillos del complejo industrial-militar. Como se sabe, Estados Unidos gasta mucho más en armas que todas las otras naciones industrializadas juntas. El presupuesto de Defensa norteamericano septuplica el de Rusia, el único competidor que se le puede comparar, siquiera sea de lejos, en todo el mundo con una asignación para armas de 51.000 millones de euros.

CÓMO SE AZUZA AL PERRO

Buena parte de las medidas que se tomaron para *luchar contra el terrorismo* poco o nada tienen que ver de hecho con la seguridad. En rigor debería hablarse de operaciones de propaganda cuyo objetivo real es acentuar la psicología de estado de sitio entre la población y demostrar que el Gobierno tiene la situación bajo control.

Horas después de los atentados del 11S, la Marina de los Estados Unidos desplegó portaaviones en la costa de Nueva York para *proteger la ciudad* como si fuese inminente una invasión. Soldados de la Guardia Nacional en uniformes de combate y provistos de armas automáticas patrullaban en los aeropuertos. Muchos vuelos quedaron

cancelados indefinidamente. Se prohibió subir a los aviones con equipaje de mano y se invalidaron los billetes expedidos electrónicamente. Todas estas medidas tenían como fin garantizar una mayor seguridad.

Y puesto que el aumento de la seguridad en los aeropuertos elevaba también considerablemente las molestias para los viajeros se concluyó que las molestias eran sinónimo de una mayor seguridad o que al menos daban esa impresión. La verdad es que no fueron tantos los engañados. Viajando después del 11S, cambié impresiones con muchos pasajeros que coincidieron conmigo en que a los viajes en avión se les habían multiplicado las molestias pero no la seguridad. Por ejemplo, un 95% de los equipajes facturados se despachaban sin pasar por la cinta de rayos X. Hubiera sido tan fácil como siempre engañar a los empleados mal pagados que se dejan la vista en las pantallas de los gálibos de seguridad. “Muchos de los hombres y mujeres contratados para este trabajo de inspección son en realidad pluriempleados y por esta razón están cansados y no tienen el grado de concentración suficiente para revisar los miles de objetos que pasan por sus pantallas cada hora para ver si contienen objetos peligrosos, a veces de tamaño minúsculo”. Esta observación forma parte de un informe del sindicato *Service Employees International Union* (6). Un amigo me contó que una navaja multiusos, que llevaba sin darse cuenta en su cartera, pasó sin problemas los controles de varios vuelos durante el mes de noviembre de 2001.

Es de esperar que la situación mejore y parece ser que tanto el equipaje de mano como el que se factura

deberá ser escrutado con mayor eficiencia. Pero lo que es por ahora, lo menos que podemos hacer es maravillarnos de lo insignificantes que han sido los avances en la seguridad no sólo de los aeropuertos sino también de los depósitos de agua urbanos, las plantas químicas, las nucleares, los puentes, los túneles, etc.

Pero la mayor operación de propaganda de todas fue en realidad el bombardeo de valles y aldeas de Afganistán, porque nos demostró por encima de toda duda que el Tío Sam le aplicaba la Ley del Talión a los terroristas. Desde hacía dos años, los talibanes se habían ofrecido repetidamente a entregar a Bin Laden en caso de que Estados Unidos aportase pruebas de su culpabilidad. Bajo las bombas que arrasaban sus ciudades y aldeas, los talibanes dijeron que estaban dispuestos a entregar a Bin Laden en un tercer país para que fuera juzgado, esta vez sin la condición de conocer previamente las acusaciones de que era objeto. Pero esta importante concesión también fue rechazada por la Casa Blanca. Daba la impresión de que Estados Unidos estaba decidido a probar su capacidad de respuesta y a establecer una base militar en Afganistán. Lo de detener a Bin Laden y someterlo a juicio público parecía importar mucho menos (7).

Distraídos por la caza del culpable, tal vez no recordemos que si hay en el mundo reos de terrorismo estos son sin duda los responsables de gobierno de los Estados Unidos. A medio plazo, bien por intervención directa o a través de tropas mercenarias pagadas por ellos, han sido responsables de bombardeos terroristas contra población civil

desarmada con destrozo de viviendas, escuelas, hospitales, iglesias, hoteles, fábricas, granjas, puentes y otros objetivos no militares en una larga serie de países con resultado de muerte, enfermedades y destrucción para millones de inocentes. Usando este terrorismo de muerte, responsables del Gobierno de los Estados Unidos han conseguido reventar políticas reformistas y democráticas en una serie de países a los que me referiré en detalle en el capítulo quinto. Ni que decir tiene que los medios de comunicación dominantes apenas han dicho palabra de todo esto y han dejado las manos libres a Bush y a sus amigos para que puedan desfilan como campeones de la paz y la libertad.

LOS REACCIONARIOS DE DENTRO

Mucho antes de que ningún personaje público se atreviese a rozar siquiera el asunto, firmas populares en los medios de comunicación no dejaban de avisar que era preciso un recorte de nuestras libertades. No había pasado ni una hora del atentado contra el WTC cuando oí al presentador de la NBC Tom Brokaw sentenciar: “Estamos en zona de guerra. Estamos en guerra”.

A la mañana siguiente, a las 8, cuando aún no habían pasado ni 24 horas del ataque, otro locutor de la NBC anunció: “Es probable que tengamos que renunciar a algunas de las libertades de las que disfrutamos hoy y que consideramos nuestras por derecho”. Esa misma mañana la

cadena ABC difundió una encuesta urgente en la que se revelaba que un 66% de los norteamericanos estaban dispuestos “a entregar parte de sus libertades civiles a cambio de una sociedad más segura”. Semanas después, el director del “New Republic”, irritado por las protestas contra los bombardeos de Afganistán, escribió: “Esta nación está en guerra y en tal situación la disidencia política interior es inmoral si no se produce antes una declaración terminante de solidaridad nacional, de toma de posición”. Entretanto, Tom Brokaw volvía a la carga con una pregunta impaciente: ¿Por qué las tropas de infantería de los Estados Unidos no se habían desplegado en divisiones? Otro belicoso locutor de Fox News pedía que el Ejército ocupase Libia e Iraq (8).

Debemos reconocer que la prensa no es lo que se dice un estenógrafo del poder que se dedique a reproducir literalmente lo que el poder le dicte. Su papel de propagandista de la ideología dominante es mucho más activo porque ejerce su propia iniciativa en el papel de promover opinión, formas de ver los acontecimientos mucho antes de que estos hayan pasado de actualidad. En este sentido allanan el camino a los políticos para que puedan ejercer su labor más directamente.

Seis semanas después del atentado, el Congreso aprobó por abrumadora mayoría la Ley del Patriota Norteamericano (*Usa Patriot Act*) (9), que coloca los derechos de libre expresión y asociación, garantizados por la Primera Enmienda, entre paréntesis al crear la definición de *terrorismo doméstico* que incluye actos que “pueden dar la

impresión de querer influenciar mediante la intimidación y la coerción la política gubernamental”. Envuelta en los pliegues de la vaguedad, la ley es susceptible de ser utilizada para combatir a los activistas que están en contra de la Globalización así como contra otros disidentes políticos que pueden ser señalados en la medida de la importancia táctica de su oposición a la política del Gobierno. Los que mandan se libran mediante esta Ley de toda clase de control para intervenir usuarios de correo electrónico e Internet, vigilar comunicaciones por cable a voluntad, espiar gestiones y contratos mercantiles y conocer informes médicos y expedientes académicos. La Ley priva a los inmigrantes de prácticamente todas las garantías constitucionales. En el último cuatrimestre de 2001 unas doce mil personas fueron detenidas *preventivamente* sin cargos ni apelación legal posible (10).

La Ley del Patriota autoriza a los agentes federales a incautarse del patrimonio de organizaciones, de sus miembros o de cualquier individuo que ayude o facilite cobertura para *actividades* terroristas. Se puede aplicar retroactivamente sin reglas ni limitaciones. Al amparo de esta Ley, la entrevista que me hicieron por teléfono desde Radio Irán a mediados de octubre de 2001, en la que traté de explicar por qué la política exterior de los Estados Unidos provocaba un odio tan justificado en todo el mundo, me hacía tan reo de detención como alguien que estuviese colaborando con terroristas.

La CIA también puede, con la Ley del Patriota en la mano, espiar a cualquier ciudadano estadounidense. Se

le permite entrar sin necesidad de mandamiento judicial en un amplísimo campo de información reservada, desde expedientes académicos a operaciones comerciales o comunicaciones a través de Internet. Al director de la CIA se le concede un vasto poder para acopiar o transmitir informaciones confidenciales en todo el territorio de los Estados Unidos. Esta facultad de nuevo cuño barre de un plumazo todas las garantías que protegían a los ciudadanos de toda intervención de la CIA que no estuviese legitimada por mandamiento de un juez.

En tanto esta máquina se ponía en marcha, Bush firmó una orden que permitía al Gobierno conducir a residentes extranjeros ante la justicia militar para llevar a cabo juicios secretos. La carga de prueba necesaria para una causa militar es mucho menor que la exigida por cualquier otro tribunal y no permite apelación ante ninguna magistratura civil. Recuerda aquella frase de Groucho Marx: “La justicia militar debe ser a la Justicia lo que la música militar es a la música”. Siguiendo los pasos de la agenda de los reaccionarios, la guerra contra el terrorismo se convirtió a la chita callando en la coartada de la guerra contra la oposición democrática y los servicios públicos. El mensaje estaba bien claro: Estados Unidos no debe tomar como ejemplo a Atenas sino a Esparta.

Una de las primeras proezas de la Casa Blanca para poner al país a salvo de la violencia terrorista fue retirar de los presupuestos federales una partida de 10.000 millones de euros asignada a la asistencia de menores víctimas de violencia doméstica o abandono. Qué duda cabe de que

una nación *en guerra* carece de recursos para atender a menores maltratados u otras banalidades. Por el contrario, Bush se sacó de la manga una asignación de emergencia para las compañías aéreas por valor de 15.000 millones en metálico y de otros 100.000 en forma de préstamos con garantía y la promesa de nuevas ayudas. Las empresas de transporte aéreo estaban asediadas de problemas con el Fisco mucho antes del atentado del 11S y este viático tenía poco que ver con la resolución de combatir el terrorismo. La verdad de la crisis es que una vez conseguida la desregulación del sector, las compañías aéreas sobrevaloraron excesivamente sus activos sin atender a sus beneficios reales en la confianza de que los beneficios llegarían tras haber hundido a sus competidores y después de haberles arrebatado su segmento de mercado. Así que quien paga las irresponsabilidades económicas de las grandes compañías lanzadas a la libre competencia es al final el contribuyente norteamericano, solo que esta vez en nombre de la guerra contra el terrorismo.

En las semanas que siguieron al 11S, las empresas de transportes aéreo despidieron a 80.000 trabajadores. La andanada alcanzó a agentes de venta, asistentes de vuelo, pilotos, mecánicos y personal de pista. A ninguno de ellos le alcanzó la pedrea con la que el Estado benefició a los plutócratas y accionistas de las empresas cuyo patriotismo no les permitió echar una mano a los empleados despedidos (11). Debatiendo el caso en la Cámara de Representantes, el diputado Jay Inslee (demócrata por Washington) comentó indignado: “¿Por qué será que en esta Cámara los

perros grandes siempre comen primero?”. Isnlee hablaba en nombre de los aproximadamente 30.000 trabajadores de Boeing que se encontraban en la calle sin ninguna clase de subsidio familiar. El senador Peter G. Fitzgerald (republicano por Illinois) se expresaba en términos semejantes al votar en solitario contra los despidos: “El Congreso debería sentir vergüenza de que se aplique dinero de los impuestos para pagar las deudas de una empresa que fracasa y en cambio no exija que se les devuelva algo de esos impuestos a los trabajadores que los pagaron”.

Durante un tiempo, la calentura antiterrorista que sucedió al 11S sirvió de cobertura para silenciar a los que se oponían a abrir pozos de petróleo en la Reserva Nacional del Ártico. Nos dijeron que Norteamérica necesita petróleo para su fortaleza y seguridad. Según algunos cálculos, la reserva de petróleo del Ártico equivaldría al consumo de los Estados Unidos en ocho o nueve meses, por lo que es difícil comprender cómo el producto de estas perforaciones puede servir de refuerzo a la *independencia energética* del país a largo plazo. Lo que sí puede es dar beneficios a medio plazo a las petroleras. Sólo un esfuerzo serio para la extensión de la energía solar, mareomotriz y eólica puede hacer autosuficiente al país. Estas fuentes alternativas son practicables, inagotables, ecológicas y –ese es el problema– mucho más baratas y bastante menos rentables que el petróleo. Es evidente que un crecimiento sustancial de las energías sostenibles podría hacer daño a la industria multimillonaria del petróleo. Esa es la razón de que no progresen las iniciativas para hacerla crecer.

REPARTO DE DIVIDENDOS

El regalo entregado a las compañías de transporte aéreo es sólo una muestra de lo espléndida que se está poniendo la Casa Blanca. Bush firmó también un paquete de medidas de reactivación económica por valor de entre 60.000 y 75.000 millones de euros para recargar inversiones y hacer frente a la recesión. Propone además recortar impuestos por valor de otros 60.000 millones de euros que, sumados a anteriores rebajas de tasas, reducirá aún más las asignaciones para los que tienen menos al tiempo que reserva la parte del león a los plutócratas (12). ¿De dónde sale todo este dinero para la guerra, las armas, la seguridad interna, las líneas aéreas, los recortes de la hacienda, la seguridad interna y los estímulos para la economía? Una parte importante procede de los excedentes de la seguridad social que Bush quiere gastar cuanto antes.

La leyenda de la responsabilidad fiscal de los conservadores carece de fundamento. Los políticos de la derecha, que tienen por costumbre cantar las glorias del equilibrio presupuestario, cuentan en sus filas con ejecutores emblemáticos del déficit. En el plazo de doce años, las administraciones de Bush y Reagan elevaron la deuda nacional de 850.000 millones de euros a 4,5 billones de euros. En los primeros meses de 2000, el déficit superó el techo insólito de cinco billones setecientos mil millones de euros. Hay que recordar que en este caso la deuda crece por dos vías. La primera son las reducciones de impuestos a las grandes fortunas individuales y a las grandes empre-

sas de forma que el Gobierno se ve obligado a solicitar en forma de préstamos a los más ricos lo que debería estar cobrándoles en impuestos. La segunda son los gigantescos presupuestos militares que en los doce años de Bush y Reagan alcanzaron casi cuatro billones de euros. En ocho años, Bill Clinton, demócrata conservador que asumía el tono de un liberal en algunos asuntos, dedicó dos billones de euros al capítulo de gastos militares.

La cuota anual del pago de la deuda es de 350.000 millones de euros, lo que representa una auténtica distribución de la renta de abajo arriba, de los impuestos de los trabajadores hacia las grandes fortunas. Clinton logró en los dos últimos presupuestos reducir el déficit anual y producir un superávit. El primer presupuesto de Bush prometía también un superávit procedente de los impuestos de la Seguridad Social casi en su totalidad, pero como leal representante de los grandes intereses financieros, George II, como su padre, prefirió distribuir hacia arriba la renta y producir un enorme déficit. El capital financiero, que integran las grandes fortunas individuales y el sector de la banca y los seguros, quiere que Estados Unidos esté en deuda con ellos de la misma manera que pretenden ser acreedores de otras naciones.

Los que desde una postura reaccionaria se oponen a la Seguridad Social, argumentan desde hace tiempo que el fondo dará finalmente en quiebra por lo que es necesario privatizarlo (acabemos con el fondo para salvarlo), pero como la Seguridad Social no deja de producir superávit un año tras otro, la predicción de ruina es cada vez

más difícil de creer. Descapitalizando la Seguridad Social, ya sea por medio de la privatización o por presupuestos deficitarios o por los dos, Bush alcanza un objetivo clave de su agenda reaccionaria.

La Biblia dice que no todos los que invocan el nombre de Dios entrarán en el reino de los cielos. No todos los que repiten la jaculatoria del patriotismo están realmente preocupados por el bienestar de sus compatriotas. Bush y los suyos son las primeras voces de este coro hipócrita que exalta el sacrificio y la devoción mientras se llenan los bolsillos con fondos públicos.

EL IMPERATIVO DEL 11S

Los puntos capitales de la agenda político-económica, los asuntos que tienen en vilo a Norteamérica y a buena parte del planeta, están normalmente excluidos de la información. Los medios dominantes no cuentan cómo los poderes antidemocráticos de la jerarquía del dinero crean injusticia para los que trabajan y nada dicen de que la pobreza de muchos está producida por el enriquecimiento de unos cuantos. No hay ni un solo comentario crítico sobre las injusticias del sistema fiscal y no interesa saber que el país más rico del mundo tiene escandalosas deficiencias de asistencia pública. Se ignora la amenaza que representa para la biosfera la globalización o los tratados monopolísticos de libre comercio de la NAFTA, el GATT o el de la FTAA, que socavan nuestra soberanía democrática. Todo esto apenas merece, por lo visto, la reflexión crítica de los medios.

CÓMO SE IGNORA EL MILITARISMO GLOBAL DE LOS ESTADOS UNIDOS

Ni el sistema mediático dominante ni las jerarquías del poder reconocen que desde hace más de medio siglo el Ejército de los Estados Unidos (o, en todo caso, otros ejércitos que cuentan con su apoyo) ha llevado repetidamente la destrucción y la muerte a poblaciones civiles desarmadas de Suramérica, Asia, África, Oriente Próximo y –con los bombardeos de Yugoslavia en 1999– también a Europa. Actos de terrorismo que pasan sin juicio ni discusión pública porque se sustrae el debate de a quién benefician realmente estas intervenciones y a quién dañan. Nada se dice sobre cómo los intereses dominantes de un pequeño grupo de países industriales, dirigidos por el estado de seguridad nacional de los Estados Unidos, monopolizan los recursos y los mercados del mundo. Cada vez más.

Los líderes de Norteamérica presiden una fuerza militar planetaria, de una magnitud sin precedentes en la historia del mundo. Cada año, los contribuyentes norteamericanos refuerzan con miles de millones de dólares, duramente ganados, los cimientos de este imperio militar global.

La necesidad de esta máquina de guerra nunca ha sido objeto de un debate nacional. Se nos dice que la presencia militar en las cuatro esquinas del planeta salvaguarda tanto nuestra democracia como el espacio que conocemos como *Occidente* mediante la disuasión de estados

delincuentes, que procurarían atacarnos si estuviésemos sin defensa. Al mismo tiempo nuestras armas protegen a otras naciones que no pueden defenderse por sí solas. Añaden que los intereses norteamericanos deben ser defendidos y que es preciso emprender misiones humanitarias. Personajes políticos y líderes de opinión nos repiten estos tópicos como si se tratase de lemas publicitarios, mientras fingien ignorar las voces de críticos progresistas que analizan los mismos hechos de una forma diferente.

Con sólo el cinco por ciento de la población del planeta, los Estados Unidos tienen una partida de gastos militares mayor que todos los demás países ricos juntos. El Ejército regular de los Estados Unidos dispone de medio millón de soldados y oficiales asignados a trescientas noventa y cinco bases principales y cientos de destacamentos al menores en treinta y cinco países. Tiene más de ocho mil armas estratégicas nucleares y veintidos mil tácticas. Su marina de guerra dispone de mayor tonelaje y armamento que todas las flotas del mundo juntas ya que cuenta con misiles de crucero, submarinos nucleares, portaaviones nucleares y destructores con capacidad para navegar todos los mares y recalar en cada continente.

Cualquier objetivo en el mundo está al alcance de los escuadrones de bombarderos norteamericanos así como de sus baterías de misiles de largo alcance que pueden descargar tanta fuerza explosiva como para destruir la infraestructura de países enteros, como hicieron con Iraq en 1990-91 o con Yugoslavia en 1999. Las fuerzas norteamericanas de despliegue rápido tienen artillería conven-

cional ampliamente superior a la de cualquier país del mundo. Aunque no hay rincón del planeta que no puedan escudriñar los satélites y aviones espías, Washington pone a punto ahora su capacidad de hacer la guerra desde el espacio exterior. La venta de armas de Estados Unidos a los países aliados subió de 34.000 millones de euros en 1999 a casi 40.000 en el año 2000. Además de vender armas, el Gobierno norteamericano ha entregado desde la Segunda Guerra Mundial unos 240.000 millones de euros en ayuda militar, equipo, adiestramiento y pago de dos millones trescientos mil soldados y agentes de seguridad en más de ochenta países, muchos de ellos autocracias militares. Vivimos una circunstancia nueva en el mundo: este coloso militar puede atropellar con su fuerza donde quiera sin que se discuta y se critique públicamente su actuación.

CÓMO SE LLENA EL VACÍO NACIONAL

Suprimidas sistemáticamente del debate estas cuestiones clave —o relegadas cuando menos a publicaciones de circulación menor o a grupos de izquierda de baja visibilidad— se crea un vacío en nuestro discurso nacional. Tenemos una jerarquía política que no aborda con seriedad y trascendencia las cuestiones centrales del Gobierno de la nación; tenemos una democracia en la que no se produce debate democrático sobre la ideología y las prácticas de

gobierno. El sistema mediático trata de llenar este vacío con un interminable barullo, mediante la inflación de cuestiones banales, con confidencias sobre personajes públicos o con escándalos.

Entonces se produce el atentado terrorista del 11S contra el WTC y el Pentágono. Un suceso espantoso que se convierte inmediatamente en asunto central para los analistas de referencia; un asunto con tanta importancia como todos los que ellos mismos habían suprimido antes, con la diferencia de que este se podía tratar con resultados políticos inequívocamente conservadores. En este caso, la acusación recae sobre una fanática secta islámica y no sobre la norteamérica del gran poder o el Estado de Seguridad Nacional de los Estados Unidos.

Durante meses, la prensa se ofreció en holocausto al 11S y a sus derivaciones. No hubo comentarista destacado, debate televisivo, editorial de prensa, carta al director, colaboración distribuida en cadena, artículo ocasional o reportaje sobre los ataques terroristas que no contribuyese a trazar una aparentemente infinita constelación de letra impresa sobre los atentados. Como ejemplo, se repitieron entrevistas con personajes de toda laya que daban esta clase de opinión: “Yo fui un activo pacifista durante los años que duró la guerra del Vietnam pero ahora soy partidario de enterrar bajo una manta de bombas a esos terroristas de Afganistán”.

Meses después del 11S, parecía como si nadie pudiese ser tomado en consideración sin hacer previamente referencia a los atentados. Los medios de información

no eran los únicos que actuaban en esa línea. El director de una revista de poesía se preguntaba con preocupación en un comentario editorial “si en el mundo profundamente cambiado por los sucesos del 11S estaremos obligados a reconocer que la poesía es ahora más irrelevante”. Su conclusión, como cabía esperar, era que la poesía era *ahor*na más importante que nunca. En la misma tendencia, cómicos populares anunciaron que el humor era *ahor*a más preciso que nunca. Algunos críticos de cine señalaron que esta o aquella película era un esperado antídoto contra los terribles sucesos del 11S. Las firmas especializadas de revistas y diarios sobre viajes nos dijeron que una escapada (a algún lugar cercano) sería más que nunca una experiencia curativa. El dueño de un restaurante de Berkeley, en California, me explicó que las sopas calientes, especialidad de la casa, eran más solicitadas que nunca porque llevaban *consuelo* a las personas angustiadas por la tragedia del 11S.

Una comunidad de patriotas tomaba el lugar de otra atomizada y alienada, como suelen ser todas las sociedades capitalistas urbanas. Todos se congregaban para buscar una puerta de salida a la crisis. Personas que normalmente vivían aisladas en su sociedad mercantil en diaria procura de dólares frescos, sintieron de repente el confort de la vida en común en un estado de sitio y abrieron los ojos al diálogo con desconocidos de una manera mucho más amable. Los medios se llenaron con relatos de vecinos y vecinas de Nueva York que se ayudaban mutuamente así como de gente de toda Norteamérica que colaboraba de

alguna forma con los de Nueva York. Por encima de todo esto brillaba, desde luego, el heroísmo y el sacrificio auténticos de bomberos, policías y obreros que contrastaban con la oportunista retórica destilada por los círculos oficiales.

Durante algún tiempo, dio la impresión de que la referencia obligada al 11S no tendría fin. Los espectáculos deportivos comenzaban con conmemoraciones patrióticas de estilo militar. Todas las cartas que llegaban a mi mesa, ya fuesen para pedir fondos con destino a cualquier organización imaginable (desde la asociación de antiguos alumnos de Yale hasta el Centro de Estudios Cubanos), no dejaban de hacer una primera referencia al 11S antes de entrar en materia. Los amigos escribían o llamaban para decir que les iba “todo lo bien que se podía esperar en el mundo de después del 11S”.

¿Qué era lo que había conmovido la raíz del mundo en aquel ataque terrorista? ¿Qué había en aquel suceso que no estuviese también en los miles de atentados terroristas del último medio siglo? Muy sencillo: sucedió en las ciudades de Nueva York y Washington y costó la vida a una muchedumbre insólita de norteamericanos, unos 3.100 según las últimas cifras. Con independencia de lo que el recuento final de víctimas nos pueda decir, el 11S ya es el atentado terrorista más grave ocurrido sobre suelo norteamericano en toda su historia.

Es decir, que las víctimas del 11S eran casi todas norteamericanas, no iraquíes, yugoslavos, panameños, haitianos, salvadoreños, guatemaltecos, vietnamitas, laosianos, angoleños o mozambiqueños, por citar sólo algu-

nas poblaciones civiles desarmadas que han sido objeto de matanzas dirigidas por los norteamericanos en tiempos no tan lejanos. La conclusión es meridianamente clara: una vida norteamericana vale tanto como un número no determinado de vidas que no sean norteamericanas. En la guerra subsiguiente, se repitió la ecuación: la muerte de un agente de la CIA en Afganistán, Mike Spann, fue ampliamente publicitada; las miles de inocentes mujeres, niños y hombres afganos, víctimas de los bombardeos norteamericanos, no merecieron ni un titular.

Millones de norteamericanos que tienen en los grandes medios su fuente de información se quedaron de una pieza con el 11S porque estaban convencidos de que todos los ciudadanos del mundo ansiaban secretamente ser norteamericanos. Creían realmente que Norteamérica era querida y admirada por todos porque era más rica, más noble y más generosa que otros países. Son pocos los norteamericanos conscientes de las víctimas que produce su terrorismo de Estado en el extranjero. Sólo una relativa minoría está al tanto del destrozo producido en sociedades enteras por causa de las bombas que llevan las iniciales US o a causa de las políticas monetarias o comerciales. ¿Cuántos no se quedan con la boca abierta o desconfían cuando les decimos que las sanciones económicas llevan la miseria a Cuba y a Iraq? La creencia general es que las intervenciones de los Estados Unidos nacen de la buena voluntad y están dirigidas a corregir alguna injusticia.

Pero de repente llegaron los terroristas del 11S, gente formada, con apariencia de personas normales que

vivían en los Estados Unidos y por lo tanto conocían el país de primera mano. Podían haber solicitado la nacionalidad pero prefirieron cometer un asesinato masivo y suicidarse para enviarnos el mensaje de que nos despreciaban con toda su alma a nosotros, al país y a todo lo que representa. Lo que cambió el 11S fue la imagen que los norteamericanos tenían de sí mismos, y del lugar de su país en el mundo. Fueron muchos los que se quedaron sorprendidos, humillados, insultados, vulnerables, menos poderosos y confundidos. Algunos incluso se preguntaron si habría alguna cosa que no le habían contado.

Todo lo que el país y el mundo sabían sobre el 11S se lo había contado el sistema mediático dominante sin que la inmensa mayoría de los norteamericanos y buena parte del mundo supiesen que acciones terroristas alentadas por los Estados Unidos eran responsables de la pérdida de millones de vidas en otros países. Los medios no suelen contar nada acerca de esta clase de atentados terroristas y consecuentemente la opinión pública no sabe casi nada de ellos (13).

¿UN CAMBIO DEFINITIVO PARA EL MUNDO?

El presidente George II dijo a raíz de los atentados: “Nuestra nación nunca volverá a ser como era el 10 de septiembre”. Un lloroso presentador de televisión que abría las

noticias de última hora musitó que la herida había cambiado a Norteamérica para siempre. El redoble del tambor atravesó el espectro político. Un comunicado del Partido Comunista de los Estados Unidos, difundido a mediados de noviembre de 2001, comenzaba con estas palabras: “Nuestro mundo cambió el 11 de septiembre”. Otros escribieron: “Las imágenes imborrables del WTC nos acompañarán para siempre”. Un periodista de la costa Oeste escribió: “En cuestión de minutos, el mundo cambió”, y no sólo el mundo, “porque es un universo entero lo que hemos perdido” (14).

Quién duda de que las familias y amigos de las víctimas del 11S han visto cómo su vida cambiaba trágica y bruscamente. Pero desde una perspectiva general, es muy poco lo que ha cambiado, por desgracia. Cinco meses *antes* del atentado, cuando las torres del WTC aún estaban en pie, el presidente Bush y el Congreso nos echaron encima un regresivo corte de impuestos, favorable sobre todo a los ricos, de un billón trescientos cincuenta mil euros. Después del 11S y antes de que la nube de polvo se posase en tierra sobre el sur de Manhattan, Bush atacaba de nuevo con otro recorte de impuestos de 160.000 millones de euros, sobre todo para los grandes grupos industriales y las grandes fortunas. Tal vez hubiese que ver el mundo con ojos nuevos, pero el presidente usaba otra vez el libro de los trucos viejos.

Igual que en los viejos tiempos, la Casa Blanca sacó adelante un paquete de medidas de reactivación económica que consistían sobre todo en viáticos para las grandes firmas,

subvenciones y condonaciones de deudas con Hacienda. Las emprendedoras pequeñas empresas para las que se decretaron estas ayudas se llaman International Business Machines (IBM), Ford, General Motors, General Electric y Chevron Texaco, que no han hecho nada por miles de trabajadores despedidos. IBM recibirá 1.400 millones de euros y General Motors se meterá en el bolsillo 833 millones mientras que General Electric recibe 671 millones (15). Esta fue la razón de que la asociación de interés público Citizens for Tax Justice (Ciudadanos por unos Impuestos Justos) difundiese un cartel con la siguiente leyenda: “¿Qué hace General Electric cuando vivimos una tragedia nacional? Aprovecharse en nombre del patriotismo”. Hay algo por desgracia sabido en todo esto: lo de mejorar resultados a cuenta del patriotismo ha sucedido en todas las guerras en las que intervino esta nación.

Se da por supuesto que las ayudas a las grandes empresas estimulan la economía. Una firma que recibe dinero invierte más, crea más puestos de trabajo, mejora su liquidez y, por lo tanto, sale de la recesión o eso es lo que nos dicen. Pero a muchas de estas empresas lo que les sobra es liquidez. Su problema no es que les falten dimensiones sino que están sobredimensionadas: les entregan miles de millones pero no por ello dejan de despedir obreros y tampoco readmiten a los que reconvirtieron cuando bajó la demanda. El origen del mal no es la falta de capital de los más ricos sino la atonía del consumo: demasiados productores gigantes con demasiado capital que producen más bienes y servicios de los que pueden pagar los

asalariados mal pagados o los parados. Para animar la economía, los fondos públicos deberían dedicarse a programas de fomento de empleo de manera que mejorase la capacidad adquisitiva de los que están en peor situación.

Por el contrario, los fanáticos fundamentalistas del libre mercado que gobiernan en Washington no dejan de tomar medidas en la dirección contraria. En octubre de 2001, un Senado filibustero dominado por los republicanos derrotó leyes que habrían estimulado la economía al proveer ayuda inmediata para miles de trabajadores reconvertidos en las líneas aéreas. El líder de la mayoría, Dick Arme y (republicano por Texas), que había votado a favor de todas las propuestas de ayuda a las grandes empresas, proclamó “que no estaría en concordancia con el espíritu norteamericano” conceder ayudas de emergencia para los trabajadores de aerolíneas objeto de la reconversión (16). He aquí a un líder nacional cuya desvergüenza no se alteró lo más mínimo después del atentado terrorista.

Después del 11 de septiembre, miles de trabajadores, no sólo de Nueva York sino de todo el país, se presentaron de inmediato como voluntarios en el escenario de la hecatombe, al sur de Manhattan. Otros, por cientos de millares, hicieron cola para dar su sangre o entregar donativos que superaron los mil millones de euros, un capital que se dilapidó, aunque esa es otra historia de familia. Algunas empresas también contribuyeron.

Pero Wall Street y las transnacionales gigantes prefirieron seguir el camino egoísta que tan bien conocemos. Como señala Arthur Perlo, los directores de bancas de

negocios y otros profesionales de las finanzas urgen a la gente a meter dinero en Bolsa porque les preocupa más que lleguen asientos a sus fondos de inversión en apuros que a los fondos de asistencia social. Hubo entre las capas medias de la sociedad quien movido por patriótico desprendimiento retiró fondos de su libreta de ahorros y los metió en la Bolsa, pero los más ricos se dedicaron a lo contrario, con lo que daban una nueva prueba de que su primera lealtad se la deben a su propio dinero. Perlo cita a María Lagomasino, directora de una banca de negocios de JP Morgan que administra las fortunas de familias con un capital medio de cien millones de euros, que pidió a sus clientes que no intentasen recuperar acciones vendidas. “Como nuestros clientes son ricos, nuestra principal preocupación fue que siguiesen siendo ricos” comentó con regocijo. “The New York Times” también dió cuenta de que “a los clientes con mucho capital en papel moneda se les recomendó que no tuviesen prisa en volver a comprar valores de Bolsa” (17).

Pero algunas acciones merecían realmente la pena. Las empresas de servicios de seguridad, los fabricantes de detectores de bombas, las firmas de vigilancia y las de tecnología de guerra biológica se dispararon un 146% después del 11S al igual que otras muchas empresas fabricantes de armas (18).

Otros aspectos de esta Norteamérica sobre la que recientemente se había operado la metamorfosis parecían siniestramente conocidos. Un Congreso complaciente metía miles de millones de dólares en los ya generosamente

te atendidos presupuestos de defensa. Como en años precedentes, nuestros gobernantes dedicaban fondos inconmensurables a bombardear por cuenta propia países pequeños, pobres y sin medios para defenderse. Esta vez le tocaba el turno a Afganistán en medio de una demagógica y activa campaña en los medios. Al tiempo, no dejaban de enviar ayuda al Gobierno de coalición de Israel, dominado por el reaccionario Likud, para que pudiese continuar el martirio de los palestinos. Una política que rompe nuestros puentes con el mundo musulmán.

Tal como habían hecho durante el Gobierno de Clinton, los legisladores elaboraron pragmáticas antiterroristas con apenas contenido para disuadir terroristas auténticos pero que, por el contrario, aterrorizaban a los defensores de las libertades civiles y a los discrepantes. En el pleno del Senado de mediados de diciembre de 2001, el fiscal general John Ashcroft se hacía cruces sobre el patriotismo de los que alzaban la voz en defensa de los derechos civiles: “Sus tácticas no hacen más que ayudar a los terroristas porque erosionan nuestra unidad nacional y coartan nuestra determinación. Son munición para los enemigos de Norteamérica y obstáculo para los amigos de Norteamérica” (19). Si en esta declaración sustituimos el sustantivo *comunista* por *terrorista* podemos ver al senador Joe MacCarthy empeñado en su caza de brujas de hace medio siglo.

Se ha dicho que el FBI consideraba en estos momentos los pros y contras de la *opción* de la tortura. Cada vez más frustrados por el silencio de los detenidos por presunta implicación en la banda de Al Qaeda, los

funcionarios del Ministerio de Justicia pensaban recurrir a interrogatorios más coercitivos, bien fuese mediante el uso de drogas, las tácticas para presionar o al transporte de los sospechosos “a países aliados donde los servicios de seguridad emplean la amenaza o la tortura contra la familia de los interrogados” (20). Pero aun esto no constituye novedad porque durante años el Ministerio de Justicia y el servicio de Inmigración y Naturalización han utilizado profusamente la repatriación de refugiados políticos a El Salvador, Guatemala y otros regímenes parafascistas en donde eran torturados o desaparecidos. Añadamos que muchos de los torturadores de estos países han sido becados y formados como policías por el sistema de seguridad nacional de los Estados Unidos.

Ya antes del 11S había leyes represivas de sobra para detener a cualquiera, tuviese o no la ciudadanía norteamericana. La única razón que impedía que así se hiciese era el temor de las autoridades al escándalo político. Si se intensificase el descontento político y la protesta popular se hiciese notar, la jerarquía del poder tendría más cerca la tentación de recurrir a métodos directos de opresión.

COMERCIO LIBRE CONTRA TERRORISMO

Antes y después del 11S la clase dirigente ha hecho todo lo posible por imponer su estilo urgente de globalización con carta blanca para que el presidente pudiese someter a

sanción del Congreso acuerdos de libre comercio del estilo del FTAA sin necesidad de enmiendas ni prolongados debates. Robert Zoellick, que representa al comercio en el gabinete Bush, se sumó con entusiasmo al bombardeo publicitario antiterrorista de la Casa Blanca, con el objetivo de rendir nuestra soberanía democrática a los acuerdos de comercio internacional. Los que se oponen a la globalización y al comercio libre, viene a decir Zoellick, son sospechosos de colaboración con el terrorismo (21). Los líderes republicanos también hicieron declaraciones de este tenor en la Cámara de Representantes, que tienen todas las características de una maniobra oportunista para disfrazar intereses reaccionarios bajo los colores de la bandera.

Los acuerdos de libre comercio deben considerarse como una amenaza a nuestra soberanía democrática. Bajo los protocolos NAFTA, GATT, GATS y FTAA, son papel mojado los programas y servicios públicos que regulan o limitan el funcionamiento de los gigantes de la industria y el comercio. Su función programática está obviada por juntas de comercio, constituidas por empleados de esas mismas grandes corporaciones, no elegidos por votos ni sujetos por las leyes que regulan los conflictos de intereses. Los grandes grupos dictarán en breve a los gobiernos (y pronto a los municipios y a las instancias federales y estatales) qué clases de programas y reglamentos públicos son aceptables o inconvenientes. Será preciso que los reaccionarios nos expliquen de qué forma se combate el terrorismo a golpe de resoluciones de juntas de comercio no elec-

tivas, privadas, intervenidas por los grandes grupos de presión y dotadas de un poder supranacional que obvia nuestras leyes y nuestra Constitución.

Los grandes medios nos presentaron la globalización como algo natural e inevitable, como un paso histórico positivo marcado por la transición de los modos de producción e intercambio desde lo local a las instancias de la región, la nación y el espacio internacional. Habíamos llegado por fin a la frontera feliz de la economía internacional que nos beneficiaría a todos.

Pero hay otra visión de la globalización, la que nos dice que no es ni natural ni benéfica para los pueblos del mundo, que más bien se trata de una estrategia pensada para favorecer a los inversores ricos de todo el mundo a cuenta de los trabajadores. Si permitimos que pase, la FTAA se llevará por delante todos los obstáculos que existen para la privatización de los servicios de naturaleza pública, a saber, la salud, el suministro de agua, la electricidad, la educación, la asistencia a los ancianos y los programas de medio ambiente del hemisferio occidental. Saltarán todas las garantías que protegen el nivel de vida de los obreros, sin olvidar el derecho que hoy tienen a intervenir a la hora de definir la política.

Los que se oponen a la globalización están en lo cierto cuando señalan que los acuerdos de *libre comercio*: a) eluden las leyes democráticas que protegen a los consumidores, a los trabajadores y al medio ambiente; b) agota etapas para la eliminación de los servicios públicos, con excepción de la Policía, el Ejército y las subvenciones a las

grandes empresas; c) provocan privatizaciones interesadas en todas las esferas del sector público y d) socavan –y esto es lo más importante– el derecho a dotarse de leyes y servicios democráticos a salvo del derecho de veto de los consejos de comercio no electivos, dominados por los grandes grupos transnacionales. Ni que decir tiene que a los que ven la globalización como un ataque a la democracia en sí misma se les cierra completamente el acceso a la audiencia de los medios dominantes (22).

Nuestro mundo actual presenta otros rasgos en los que se parece como una aguja a otra al que conocimos antes del 11S. Como en todas las grandes crisis, los representantes del pueblo de filiación liberal no sienten vergüenza al votar con los conservadores poderes absolutistas para la Presidencia. Los perros de guardia de la prensa proclaman que el presidente está *a la altura del desafío* histórico y *se ha crecido en la presidencia*. Un adulador va más allá y compara al cuasi-electo George W. Bush con Abraham Lincoln (23). Los sicofantes abanderados claman venganza, convencidos desde el fondo de sus corazones de que el Gobierno combate al terrorismo pero nunca lo practica. Entretanto, miles de residentes en los Estados Unidos, sobre todo los que proceden de Oriente Próximo, se convierten en objeto de discriminación racial. Las comunidades afroamericanas, entre tanto, no dejan de vivir bajo el terror de una Policía demasiado aficionada al gatillo. Los fanáticos fundamentalistas cristianos cometen atentados terroristas contra clínicas de abortos que los funcionarios encargados de hacer cumplir la ley parecen

incapaces de detener. En una palabra: el mundo no ha cambiado después del 11S y, en todo caso, no para mejor. Sigue siendo urgente que inyectemos realidad y justicia en el empobrecido diálogo nacional.

POR QUÉ SUCEDIÓ

¿Cuál fue la razón de que unos extremistas islámicos atacasen el WTC y el Pentágono el 11 de septiembre de 2001, al costo de miles de vidas inocentes? Según la Casa Blanca y los poderes mediáticos, fue obra de fanáticos enloquecidos, confundidos por una doctrina perversa. Si eligieron como blanco a los Estados Unidos, fue porque se trata de un país libre y próspero.

MATAR POR DIOS Y POR LA PATRIA

Por lo que podemos saber, quienes perpetraron el atentado estaban decididos por la convicción fanática de que cumplían órdenes directas de Dios en una relación entre

religión y violencia que se pierde en la memoria de los tiempos. Hay quien quiere explicar este nexo como una aberración, una infección exterior producida por una ideología aberrante, una veta extremista que procede por mutación de la fe religiosa. En realidad, las historias del Cristianismo, el Judaísmo, el Hinduismo y el Islam tienen una trágica conexión con la violencia y la intolerancia, con la voluntad de borrar y matar por la gloria de Dios. “La sombra de la violencia acompaña la historia de la tradición religiosa, desde las guerras bíblicas y las campañas de las cruzadas hasta las grandes gestas del martirologio” ha escrito Mark Juergensmayer. “Las imágenes de la muerte nunca están lejos de la capacidad nuclear de las religiones para agitar la imaginación... Parece como si la religión necesitase de la violencia y la violencia de la religión (24).

A lo largo de la historia, los líderes de algunas religiones se han arrogado la condición de depositarios de un mensaje del más allá para ejecutar la voluntad de Dios en la tierra y llevar el terror y la muerte a herejes y desviados del mandato de lo más alto. Hablemos de la mitología hindú, de la Biblia o del Corán, los mensajes de las religiones aparecen cruzados por narrativas violentas, como corresponde a un origen en sociedades teocráticas nómadas o en asentamientos agrícolas primitivos. Una vez que se decide que la sociedad no observa los principios o vive en el error, Dios sentencia la guerra para que vuelva por el buen camino. Las ideas religiosas condensan con el paso del tiempo estas enseñanzas llamadas sagradas que hoy sir-

ven de guía a mullahs, monjes, mujaidines o a los cristianos neonazis de Norteamérica.

Pero volvamos la vista a los fundamentalistas cristianos que actúan hoy en Norteamérica, por ejemplo en los Soldados de Cristo, que colocan bombas en las clínicas en las que se hacen abortos y que ya son responsables de varias muertes de médicos y enfermeras. Recordemos a Timothy McVeigh, miembro de un grupo que se identificaba como Christian Identity (CI), que mató a 168 inocentes en el atentado terrorista de Oklahoma en 1995. McVeigh estaba convencido de que iba a asestar un golpe de muerte al Gobierno federal y a los judíos, liberales y laicos que han llevado a la Norteamérica cristiana y blanca por el camino equivocado (25).

No estará de más recordar que el Gobierno norteamericano no respondió al atentado terrorista de McVeigh con bombardeos aéreos contra el campamento de CI en Elhoim City, en la frontera de Oklahoma con Arkansas, ni se le ocurrió atacar a las Milicias de Montana de cuyas filas salieron algunos de los simpatizantes del grupo de McVeigh. La Policía Federal tampoco consideró necesario hacer una redada de miembros de CI o de las Milicias.

El Budismo, que disfruta una inmerecida reputación de credo radicalmente pacifista, tiene sectas de monjes guerreros en casi toda Asia. Parte de la historia de Sri Lanka “son grandes batallas libradas en nombre del budismo por cingaleses apoyados por monjes budistas, sobre todo en los últimos años del siglo XX” (26).

Como otras religiones, el islam es una fuente de amor y paz para muchos. Nos dicen que quienes cometen actos violentos en su nombre violan sus preceptos pero no obstante el terrorismo islámico, como el del resto de las religiones más extendidas, es parte de una tradición que el tiempo se ha encargado de honrar. No podemos, por tanto, separar las religiones de lo que se hace en su nombre y de la misma forma que reconocemos los actos de caridad con que se adornan, debemos atribuirle también los actos de violencia y crueldad que han inspirado a lo largo de la historia.

En este caso nos interesa saber por qué los terroristas islámicos han elegido Norteamérica como objetivo. Admitamos que los Estados Unidos son un país libre y próspero, al menos hasta cierto punto, y que gracias al esfuerzo de generaciones de ciudadanos de a pie contra las fuerzas del privilegio y la plutocracia durante los dos siglos últimos disfrutamos ahora de mayor grado de libertad política y bienestar económico que el que podemos encontrar en muchos otros países capitalistas. En cuanto a la riqueza notamos que está distribuida de una forma agudamente desigual y que este desnivel aumenta con el paso de los años. Como indicaba hace poco "The New York Times": "La distancia que separa a los norteamericanos más ricos del resto de la población ha crecido de tal manera que nuestra medida de desigualdad ya es mayor que el de cualquier otro país industrializado" (27). Es cierto también que las garantías políticas y el desahogo económico logrados por el pueblo contra la feroz oposición de la plu-

tocracia capitalista padecen un sitio constante bajo la amenaza de los que preferirían un salto atrás en la historia.

Pero una cosa es reconocer las libertades y la prosperidad de los Estados Unidos, en términos comparativos, y otra admitir que ésta ha sido la razón —como algunos argumentan— por la que los terroristas decidieron atacar a este país. Canadá, los países escandinavos y una serie de naciones occidentales disfrutaban de parecidas garantías de ley y prosperidad que los Estados Unidos y, sin embargo, nadie atenta contra sus embajadas, sus enclaves militares ni sus centros comerciales. Si lo que aborrecen los terroristas son las libertades, habrá que explicar por qué agredieron los símbolos de la dominación militar y económica, el WTC y el Pentágono, en vez de, por ejemplo, la Estatua de la Libertad (28). Tal vez el objetivo de la agresión no fuesen ni las libertades ni la democracia sino las intervenciones de Washington a favor de todo lo contrario: el terrorismo militar y económico, la dictadura y la guerra contra poblaciones desarmadas.

Esto es lo que queremos decir: la explicación más socorrida de la causa del desastre del 11S es groseramente parcial porque no hace mención de que sucesivos gobiernos norteamericanos han llevado a buena parte del mundo la desigualdad y explotación que parece parte de un destino común. Una de estas áreas es el Oriente Próximo. En esta explicación sesgada, no se dice ni palabra de los actos de terrorismo de masa ejecutados por dirigentes políticos norteamericanos contra poblaciones de todo el mundo. En este caso se le da el nombre de terrorismo sólo a lo que otros hacen contra nosotros.

CAUSAS CONDICIONALES

Los atentados del 11S fueron tan desalmados y crueles, tan delirantes y alevosos que, por momentos, suspendieron toda otra preocupación del país. Las terribles imágenes, insistentemente reproducidas por los medios principales, fueron como un fognazo en la retina pública. Así que cuando el cuasi-electo presidente George W. Bush pidió la cabeza de Usamah Bin Laden, dirigente de una organización terrorista internacional sospechoso de haber ordenado los atentados, pocas voces con autoridad en el panorama político se atrevieron a aconsejar rigor y reflexión prudente. Con el estilo de un *sheriff* del salvaje Oeste, Bush declaró que quería a Bin Laden *vivo o muerto*. Resuelto a conseguir ese objetivo, decretó un bombardeo intensivo de Afganistán que acabó con las vidas inocentes de miles de mujeres, hombres y niños.

Los que nos declaramos en contra del brutal asalto de la Casa Blanca sobre el pueblo de Afganistán, hemos intentado contextualizar los atentados de septiembre y advertimos que, lejos de parecer casuales, estaban relacionados con una amplia serie de acontecimientos. Por señalar que el 11S tenía otras causas que no estaban relacionadas con el fanatismo religioso, los disidentes fuimos acusados de apología del terrorismo y de *culpar a Norteamérica*. Hubo quien nos llamó traidores y cobardes. No pude dejar de pensar en el trato que nos dieron a los disidentes en los comienzos de la guerra de Vietnam cuando muchos nos negamos a embargar nues-

tro sentido crítico y a marcar el paso como un solo hombre tras la bandera.

Para comprender esta oposición a las últimas intervenciones militares de Estados Unidos en Oriente Próximo, propongo que distingamos entre a) la causa inmediata; es decir, un grupo de fanáticos movidos por una interpretación demencial de ciertas ideas teológicas que mata a miles de personas por el procedimiento de estrellar aviones cargados de gente inocente contra las torres gemelas del WTC y el Pentágono y b) una serie de causas condicionales que se mueven por debajo de estos hechos, a saber, la serie de abusos e injusticias que los gobiernos occidentales y los intereses económicos han perpetrado contra otros pueblos así como la responsabilidad que corresponde al Estado de Seguridad Nacional de los Estados Unidos como primer causante de la pobreza, la injusticia y la represión que sufren Oriente Próximo y otras áreas del mundo. Que consideremos las causas condicionales no se puede interpretar como una justificación de la causa inmediata.

La sentencia de Bush *o estáis conmigo o estáis contra mí* lleva en realidad encerrada la proposición de que quien se oponga a la política de la Casa Blanca está de hecho con los terroristas. Los que aceptan el aserto de Bush tienden a malinterpretar a los disidentes y como su líder, tienen problemas para compaginar dos pensamientos simultáneos, esto es, que puede condenar a los terroristas que cometieron los atentados sin dejar de establecer responsabilidades en una serie de hechos que van más allá de los terroristas *aunque estos hechos guarden relación con ellos*.

POR QUÉ NOS ODIAN

Respondiendo a la pregunta de por qué hay gente en el mundo que nos odia a los norteamericanos, el escritor Madison Shockley relaciona la siguiente lista de agravios: “Arrogancia, poderío, explotación, opresión, racismo, militarismo e imperialismo... ¿Quieren que continúe? Mientras sigamos coartando las aspiraciones de libertad y dignidad de gran parte del Tercer Mundo siempre habrá quien nos mire con recelo y quien nos odie” (29). Robert Bowman, teniente coronel retirado de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos, dice que si atacaron Norteamérica no fue porque sea un símbolo de las libertades y los derechos humanos sino porque representa “la dictadura, la coacción y la explotación en todo el mundo. Somos un objetivo terrorista porque nos odian. Y nos odian porque nuestro gobierno ha hecho cosas odiosas” (30).

En el mundo hay 1.500 millones de personas que viven en la desesperación económica más absoluta. Carecen de alimentos básicos, de un lugar en el que guarecerse y de agua potable. Una quinta parte de la juventud de Oriente Próximo no tiene trabajo. La renta por cabeza en esta zona es de 2.100 euros al año, según el Banco Mundial, que siempre tiende a infravalorar el rigor de la miseria. Como líder de las naciones industrializadas ricas, Estados Unidos “impone desde hace años políticas de pobreza que obligan a los estados a privatizar recursos y recortar drásticamente el gasto público” (31). Es así como crece el paro y consecuentemente la pobreza, las enfermedades, la

emigración forzosa y la devastación del medio ambiente. En Egipto, el país de Mohamed Atta, el suicida que estrelló el primer avión contra el WTC, el 8,5% de los niños mueren antes de cumplir cinco años a pesar de lo cual el Gobierno egipcio sólo reserva el cuatro por ciento de su presupuesto a la asistencia sanitaria (32).

El poder norteamericano apoya a gobiernos derechistas y retrógrados que no consideran entre sus objetivos el bienestar del pueblo sino tener contentas a las corporaciones transnacionales y al Estado de Seguridad Nacional de los Estados Unidos. Muchos dirigentes del Tercer Mundo asumen diligentemente deudas enormes con el Fondo Monetario Internacional (FMI) y con bancos occidentales para embolsarse después la parte del león de estos préstamos. Países mal llamados capitalistas de ese mismo Tercer Mundo están entrampados en un círculo infernal de préstamos y de reposiciones de la deuda con intereses usurarios, en una dinámica que engorda aun más las cuentas de los intereses financieros transnacionales a cuenta de los pobres. En los últimos diecisiete años, las naciones capitalistas empobrecidas han transferido billón y medio de euros a las cuentas de sus ricos prestamistas extranjeros (33).

La pobreza galopante que ahoga a estos países deudores alimenta la ira y la rebelión. Grupos de izquierda movilizan a sectores de la población en su lucha por mejorar las condiciones de vida y contra la servidumbre económica que les imponen los intereses occidentales. Estos movimientos democráticos son aplastados por sus propios ejércitos, que están financiados y asesorados de cerca por

el Estado de Seguridad Nacional de los Estados Unidos. En algunos países –y Afganistán debe ser el primer ejemplo– la CIA contrató fundamentalistas para dirigir el asalto contra un gobierno sin fe, materialista y comunista. “Una vez derrotada la izquierda, la mala hierba del fundamentalismo se queda con el campo a base de ofrecer una solución religiosa total a los problemas diarios de represión y penurias de privación” (34).

Otro ejemplo es Turquía. Las fuerzas progresistas del país están sometidas desde hace más de medio siglo a una inclemente represión de la que es soporte principal el Gobierno norteamericano. Las cárceles están llenas de cientos de miles de campesinos, trabajadores, estudiantes y profesores. Las ejecuciones se cuentan por millares y la tortura está al orden del día. Entre las víctimas de este sistema de represión se cuentan cientos de líderes sindicales. Las cooperativas agrícolas están prohibidas. En la década de los 80, el Gobierno derechista, apoyado desde la Casa Blanca, puso fuera de la ley a todos los partidos políticos considerados progresistas, prohibió los convenios colectivos, congeló o redujo los salarios, eliminó los complementos de paga y silenció a la prensa. Entretanto, cobraron fuerza y protagonismo los grupos de ultraderecha organizados con ayuda de la CIA (35).

En la actualidad, Turquía sigue siendo un estado policial con un parlamento decorativo. En su objetivo por preservar el carácter laico del Estado, la elite dirigente ha prohibido los partidos islámicos. Se interesan cada vez más por ellos los pobres urbanos de Turquía que se sienten

frustrados por la inoperancia de los partidos autorizados. Así que el islamismo organizado crece a pesar de la prohibición (36).

Pakistán es otra muestra de que el terrorismo de Oriente Próximo tiene en realidad su razón de ser en el imperialismo occidental. Los Programas de Ajuste Estructural (PAES) impuestos por el FMI que realiza ahora el Gobierno según un modelo aplicado a muchos otros países acaban con los programas de asistencia pública, eliminan los controles de precios, congelan salarios y derriban todos los obstáculos que se puedan oponer a la entrada de las transnacionales. Los PAES han tenido un efecto demolidor sobre la economía y han elevado la necesidad a las más altas cumbres de la miseria con un fuerte aumento de la pobreza y el paro. Entretanto, la violencia sectaria y los padrinos de la droga desgarran a retales el tejido social del país. Los campamentos para entrenar terroristas instalados sin reserva en Pakistán a comienzos de la década de los 80 para combatir a los soviéticos en Afganistán produjeron islámicos convencidos que han conseguido una enorme proyección popular dentro del país (37).

Fareed Zakaria, conocido portavoz de la Secretaría de Estado norteamericana para la política exterior, hace una crítica reseña de lo que acontece en Oriente Próximo. Además de admitir que casi todos los países árabes “tienen mucha menos libertad que hace treinta años”, Zakaria describe cómo los jóvenes árabes, que generalmente tienen mejor formación que sus padres, abandonan sus aldeas para buscar trabajo “en suburbios atiborrados y ruidosos

como los de Cairo, Beirut o Damasco” en los que pueden “contemplar grandes diferencias sociales y sentir los turbadores efectos de la modernidad”. Por primera vez ven mujeres sin velo sentadas en los cafés, niños que mendigan por las calles y desde todas partes les llega el resplandor hiriente del materialismo occidental que en la inmensa mayoría de los casos está muy lejos de su alcance. Atraídos y rechazados por él, frustrados e indignados al ver cómo se les niegan todos los recursos democráticos para la protesta y el cambio, estos jóvenes alienados se aproximan al resurgente islamismo político (38).

“CULPAR A NORTEAMÉRICA”

Usamah Bin Laden insiste en que “Norteamérica, los norteamericanos y los judíos” son los enemigos a combatir. Como rico, reaccionario, fanático y religioso, Bin Laden hace lo mismo que otros reaccionarios de todo el mundo: tomar agravios populares fundados en función de las condiciones de vida y dirigirlos hacia enemigos inexistentes.

Esto fue lo que hizo Hitler con los alemanes al canalizar la frustración por el paro, la inflación y la pobreza hacia falsos culpables. En vez de señalar hacia los grandes grupos de empresas que estaban echando a perder la tierra y el empleo, Hitler encaminó la ira popular hacia los aliados de Versalles, la República de Weimar, los sindicatos, los comunistas y, agazapados detrás de ellos,

los satánicos judíos. Aquí nos llega ahora otro fanático ideólogo de la ultraderecha, Usamah Bin Laden, con un cuento parecido.

Porque lo cierto es que no se pueden echar las culpas a Norteamérica, un país enorme y vario, con 281 millones de habitantes, que en su mayoría no han tenido ninguna clase de protagonismo en los sucesos que condujeron al 11S. Muy pocos ciudadanos de a pie reclamaron del Gobierno de su país que ejecutase una política de fuerza y violencia para favorecer los intereses del capital financiero. Los ciudadanos norteamericanos no pueden cargar con esas culpas y tampoco, desde luego, los judíos, a pesar de lo que digan Hitler, Bin Laden o cualquier otro demagogo. Por el contrario, debemos observar con una lupa crítica la política del Gobierno de los Estados Unidos al servicio de intereses reaccionarios, tanto en el interior del país como en sus relaciones con el mundo, un asunto del que nos ocuparemos por extenso en los dos próximos capítulos.

También hay cristianos fundamentalistas que culpan a los Estados Unidos. Poco después del atentado del 11S, el reaccionario Jerry Falwell, cristiano evangelista, apareció en el programa *The 700 Club* que dirige Pat Robertson en la CBN (Christian Broadcasting Network) y acusó a los defensores del aborto, a los grupos de libertades civiles, a los abogados que se ocupan de casos de homosexuales y a las feministas de “ayudar a que sucediese todo esto”. Añadió que los atentados del 11S parecerían minúsculos algún día “si Dios sigue levantando el telón

y permite a los enemigos de Norteamérica que vengan a darnos lo que probablemente merecemos”. En un tono que recuerda al del propio Bin Laden, Falwell dijo que “nadie se ríe de Dios”, como puso de manifiesto al descargar sus iras contra “paganos, abortistas, feministas, gays y lesbianas contra los que levanto mi dedo y digo: todo esto es por vuestra culpa” (39). A Pat Robertson, de la misma cuerda que Falwell, le faltó tiempo para saltar: “Estoy totalmente de acuerdo, Jerry: creo que hemos visto la antesala del terror. Ni siquiera sospechamos el daño que pueden hacer al conjunto de la población”.

¿No es sorprendente? Cristianos y musulmanes fanáticos se han matado durante siglos y todavía lo hacen hoy en día desde Nigeria a Filipinas pero de repente vemos en televisión a dos reaccionarios predicadores cristianos que parecen estar de acuerdo con las figuras islámicas de sus espejos, los mismos que dicen que la corrupción de costumbres y el vicio de la sociedad norteamericana tientan a la divina venganza. Realmente, los caminos del señor son insondables.

Días más tarde, al comprobar que sus observaciones habían levantado ampollas en la audiencia, Falwell descargó de responsabilidad a sus compatriotas mientras Robertson negó con furia de converso sus palabras y las de Falwell y dijo que las críticas de los espectadores “estaban completamente fuera de lugar” y eran “difíciles de entender”, tanto por él como por otros invitados de su programa (40).

Hay críticos de la política norteamericana que no dudan en responsabilizar al pueblo norteamericano de las

guerras que se han librado en su nombre y señalan que “todos nosotros” no hemos sido capaces de detener lo que el Gobierno hacía por nuestra cuenta (41). ¿Quiere esto decir que somos realmente colaboradores de la política militarista norteamericana? Lo normal es que no sepamos casi nada de lo que se hace en nuestro nombre. Yo no puedo cargar al pueblo norteamericano con la responsabilidad de lo que los fundamentalistas musulmanes hicieron el 11S ni puedo decirles tampoco que a ellos se deban los secretos y engaños con que los fanáticos imperialistas de Washington han ayudado a crear la clase de mundo que ha hecho posible la aparición de estos fanáticos.

Parte del problema procede de la mala costumbre de usar la primera personal del plural cuando queremos referirnos a las elites políticas y financieras. No debemos decir que *nosotros* cegamos los caminos de la democracia en el mundo, llevamos la pobreza a otros pueblos y tiramos bombas sobre inocentes cuando lo que queremos es referirnos a lo que hacen la Casa Blanca, el Pentágono, el FMI y la Organización Mundial de Comercio. Lo contrario es asumir una identidad de intereses entre el pueblo y quien normalmente se dedica a explotarlo que es lo que los explotadores, precisamente, quieren.

Usando *nosotros* cuando deberíamos decir *ellos*, también nos priva de una forma gramática de reconocer al pueblo o, al menos, a los que disentimos de la política ortodoxa y nos impide identificar el interés de los que nos oponemos a los que pretenden gobernar en nuestro nombre. A veces, las dos acepciones de *nosotros* aparecen en

una misma frase lo que es un despropósito. En cierta ocasión escuché a un orador progresista decir: “Tenemos que organizarnos y protestar contra lo que estamos haciendo en Centroamérica”.

No deja de ser cierto que después del 11S millones de norteamericanos apoyaron el ataque militar contra Afganistán porque alguien se ocupó de hacerles creer que de esta manera se detendría el terrorismo y se salvarían vidas. No en vano, en diciembre de 2001, el presidente George II alcanzó un refrendo en las encuestas del 86% frente al pálido 44% de la víspera de septiembre (42). Aun así, millones de estadounidenses, aunque terriblemente conmovidos por los crímenes del 11S y temerosos de nuevos atentados, no se dejaron arrastrar por la marea reaccionaria. Somos muchos miles los que nos hemos manifestado repetidamente contra la política de la Casa Blanca. *Nosotros* ocupamos las calles no para dar vivas al jefe sino para oponernos a su guerra y a su programa reaccionario.

Cifras importantes de trabajadores, activistas de derechos y libertades civiles y pacifistas se pronunciaron contra los bombardeos en Afganistán. Una encuesta del Pew Research Center for People and the Press mostró que a pesar de la insistente campaña de los medios preponderantes, el treinta y nueve por ciento de los afro-norteamericanos y el diecisiete por ciento de los blancos recelaba de las represalias armadas sobre Afganistán (43). Organizaciones de gran entidad como el National Council of Churches o la American Public Health Association se pronunciaron contra los bombardeos mientras otras, como la

Conferencia Episcopal norteamericana, expresaban serios reparos. A mediados de noviembre de 2001, una encuesta reflejaba que el apoyo a la intervención militar, aun siendo importante, se enfriaba. Al tiempo aumentaba considerablemente el número de los que expresaban sentimientos encontrados hacia la guerra (44).

Los sondeos también indicaban que cuando los entrevistadores ofrecían opciones a la guerra como la extradición y el juicio, el apoyo a los bombardeos bajaba espectacularmente. Aunque el Gobierno y los comentaristas de prensa han hecho poco menos que ocultar los recursos de derecho internacional y las armas de la diplomacia, el 30% de los encuestados se mostraban a favor de estos recursos al lado del 54% que favorecía la guerra (con un 16% de indecisos), según aparece en una encuesta de Gallup, realizada en octubre. Es más que probable que la mayoría se decantase por hacer justicia conforme al derecho internacional si esta opción se hubiese explicado y discutido.

A medida que empezaron a aparecer en televisión imágenes de víctimas civiles afganas, el apoyo a la guerra perdió fuerza tal y como había pasado en la guerra contra Yugoslavia en 1999. Walter Isaacson, director de informativos de la CNN, dio instrucciones a los corresponsales de acompañar las imágenes de víctimas civiles, hambre o devastación, con comentarios de recuerdo de la responsabilidad de los talibanes por haber dado cobijo a los terroristas que habían matado a miles de norteamericanos el 11S. Como si la insistencia de este recordatorio en todos los medios permitiese a los espectadores olvidarlo siquiera

por una hora. Isaacson prevenía a sus corresponsales contra “un tratamiento perverso que se recrease demasiado en las víctimas y el sufrimiento de los afganos” (45).

Para ponernos a salvo de tanta perversidad, el Pentágono compró los derechos de todas las fotografías de Afganistán y países vecinos registradas por el mejor satélite comercial de información, el Space Imaging Inc a un costo de casi dos millones de euros mensuales más los derechos reales de las imágenes adquiridas, que costaron cientos de miles de euros. La intervención del Pentágono impidió que, aparte del Gobierno, tanto las empresas de comunicación como otras organizaciones tuviesen acceso a imágenes de satélite de alta resolución, tanto de la campaña contra Afganistán como de toda la zona (46).

Las imágenes de civiles afganos muertos o sometidos a la hecatombe de la guerra pronto se evaporaron de las noticias. No pudimos ver más que lo que el Pentágono quiso que viésemos, sobre todo el insistente relato de la búsqueda de Bin Laden, cantos a las calidades excelsas de las armas (“en imágenes de guerra que parecen video-juegos”) y cámaras que se recreaban en el feliz afeitado de afganos que celebraban haber roto el yugo de los talibanes mientras al fondo renacían las músicas (47).

Lejos de responsabilizar a los norteamericanos, será más justo decir que son muchos los que acomodan su opinión a los esquemas que difunden las grandes cadenas de información y el gobierno. *Nosotros* no cometemos los delitos del Imperio en el mundo sino que más bien nos contamos entre sus víctimas. A *nosotros* nos toca sufrir la

pesada carga de los impuestos del Imperio, que se agrava con el abandono de las necesidades domésticas. Junto con el resto del mundo, somos víctimas de los engaños que se hacen en nombre de Norteamérica.

Pero cuando nos dan siquiera una oportunidad y podemos entrever otra clase de información, millones de norteamericanos dejan de marcar el paso que les indica la Casa Blanca. Esta es la causa por la que el poder considera de interés estratégico la información y la somete a un estricto control. Son millones los que no quieren ni represalias armadas ni la rendición de sus derechos y libertades.

Aun entre los incondicionales, el apoyo a Bush parece de un kilómetro de ancho pero de un centímetro de profundidad. La demencia patriotería jaleada por los medios que cegó a los Estados Unidos después del 11S fue, sobre todo, eso: una locura. Pasado algún tiempo, la fiebre patriotería remite y la realidad regresa. No se puede pagar la factura del mercado con banderas ni atender la renta del piso con lemas patrióticos. Una encuesta de diciembre indica que los que protestan “apremian al Gobierno a prestar atención a los asuntos internos del país” para que no considere “tan poco la asistencia sanitaria” y para que atienda “sobre todo la situación económica” (48). Otros sondeos revelan que la opinión pública de los Estados Unidos no está dispuesta a apoyar al Gobierno en futuras guerras contra otros países.

Mi pensamiento vuelve hacia otro presidente Bush, George I, que mientras bombardeaba sin piedad al pueblo de Iraq a comienzos de 1991, recibió un apoyo del 93% y

una resonante resolución del Congreso que aclamó su “firme liderazgo”. Luego, al cabo de un año, recibía una humillante derrota en las urnas a manos de un charlatán gobernador de Arkansas que no tenía ni una mala medalla que colgarse.

AFGANISTÁN, UNA HISTORIA POR CONTAR

No se había cumplido un mes de los atentados del 11S cuando el Gobierno ordenó un ataque aéreo en toda regla contra Afganistán, el país que daba cobijo a Usamah Bin Laden y a su organización terrorista Al Qaeda. Mientras redoblaban los tambores de guerra, poco o nada se publicó de que la intervención de los norteamericanos en Afganistán duraba ya veinte años, de que habían sido responsables de la fabricación del líder Usamah Bin Laden y de la aparición del mismo régimen Talibán objetivo ahora de una campaña militar de Estados Unidos.

Todo lo que normalmente escuchamos de la historia reciente de Afganistán es que en 1980 los Estados Unidos intervinieron para detener una *invasión* soviética del país. Muchos progresistas que normalmente adoptan un talante más crítico de las intervenciones de los Estados

Unidos en el extranjero, consideran que “estuvo bien” (49) aquella actuación contra el Gobierno de Afganistán que apoyaban los soviéticos. Lo que la historia nos dice es que no estuvo tan bien.

ALGO DE HISTORIA REAL

Durante generaciones, la inmensa mayoría del pueblo de Afganistán vivió de la agricultura sobre un sistema de propiedad de la tierra conservado desde la Edad Media. Más del 75% de la propiedad agraria pertenecía a terratenientes que representaban sólo el 3% de la población rural. A mediados de la década de los 60, varias corrientes democrático revolucionarias formaron la coalición Partido Democrático del Pueblo (PDP). Depuesto el Rey en 1973 el Gobierno que ocupó su lugar se comportó como una dictadura corrupta e impopular que cayó en 1978 al cabo de una masiva protesta al pie del palacio presidencial y después de que el Ejército se pusiese al lado de los manifestantes.

Los oficiales del Ejército que se hicieron cargo de la situación invitaron al PDP a formar gobierno bajo la presidencia del poeta y novelista Noor Mohammed Taraki y de esta forma asumió el poder la coalición de fuerzas nacionales democráticas de tendencia marxista. “Fue un proceso plenamente autóctono y ni siquiera la CIA se atrevió a acusar a la Unión Soviética de haberlo provocado o dirigido”, escribe John Ryan, profesor retirado de la uni-

versidad de Winnipeg que dirigía un proyecto de investigación agrícola en Afganistán en aquellos días.

El nuevo gobierno abordó desde el primer día reformas largamente esperadas: enseguida legalizó los sindicatos, estableció un salario mínimo, un impuesto sobre la renta progresivo, inició una campaña de alfabetización e implantó programas populares de salud, vivienda y alcantarillado público. El Gobierno de Taraki prosiguió la política que había iniciado el Rey depuesto de emancipación de la mujer de sus viejas ataduras tribales y puso en práctica la enseñanza pública para mujeres y para los niños de varias tribus. Al mismo tiempo comenzó a erradicar los cultivos de la amapola del opio de los que, hasta aquel momento, salía el 70% de la heroína fabricada en todo el mundo (50).

Otra medida del Gobierno fue abolir las deudas de los agricultores aforados al tiempo que comenzaba una profunda reforma agraria. Ryan considera que se trataba “de un gobierno auténticamente popular que consiguió que la población de Afganistán comenzase a mirar al futuro con gran esperanza”. En esto, la oposición comenzó a manifestarse en varios sectores. Por una parte, los terratenientes feudales se movilizaron contra la reforma agraria que afectaba a sus propiedades y beneficiaba a los agricultores que trabajaban tierras aforadas. Tanto los jefes tribales como los mullahs fundamentalistas se revolviéron con vehemencia contra la política de igualdad de género del Gobierno y descalificaron los planes de educación de mujeres y niños (51).

El Estado de Seguridad Nacional de los Estados Unidos también decidió actuar contra la política económica igualitaria del nuevo gabinete en el que los marxistas patrocinaban el modelo de distribución justa de los recursos sociales que levanta las iras de los poderosos en cualquier parte. No bien habían ocupado sus cargos los miembros de la coalición PDP cuando la CIA, ayudada por tropas saudíes y pakistaníes, lanzó un ataque de gran escala contra Afganistán en connivencia con los señores feudales, los reaccionarios jefes de tribus, los mullahs y los traficantes de opio.

Dentro del Gobierno de Taraki, ocupaba un cargo relevante Hafizulla Amin, del que muchos sospechaban que había sido reclutado por la CIA durante sus años de estudiante en Norteamérica. En septiembre de 1979, Amin se hizo con el poder mediante un golpe militar; ejecutó a Taraki, congeló las reformas y asesinó, encarceló o exilió a miles de seguidores y simpatizantes del PDP, al tiempo que quemaba etapas hacia la creación de un estado islámico. Pero en el plazo de dos meses, Amin era derrocado por lo que quedaba del PDP, entre ellos elementos del Ejército, que se le había declarado fiel.

Hay que hacer hincapié en que todo esto sucedió antes de la intervención militar soviética. Faltando meses para la llegada de las tropas soviéticas, Zbigniew Brzezinski, asesor de Seguridad Nacional del presidente Carter, declaró en público que la Administración demócrata estaba entregando enormes sumas de dinero a los extremistas musulmanes para provocar la caída del Gobierno reformista.

Sometido a un riguroso bloqueo, el restaurado Gobierno del PDP pidió a Moscú en 1979 el envío de un contingente de tropas para mantener a raya a la guerrilla islámica de los *mujaidín* y a los mercenarios extranjeros, reclutados, pagados y bien armados por la CIA. El Gobierno soviético había colaborado con ayudas para minería, educación, agricultura y sanidad. Comprometerse con tropas era un paso mucho más serio, con muchas implicaciones políticas. Para que Moscú se decidiese a intervenir militarmente, fue preciso que Kabul lo solicitase repetidamente.

Marilyn Betchel, que fue directora del “New World Review”, y visitó dos veces Afganistán en 1980 y 1981, al comienzo de la intervención soviética, recuerda haber visto a mujeres que trabajaban en cooperativas de artesanía, pagadas por vez primera con salarios decentes y libres de administrar el dinero que ganaban. También vio mujeres y hombres que aprendían a leer así como mujeres que trabajaban en oficios cualificados u ocupaban cargos públicos. Por primera vez, familias de obreros tenían acceso a un médico y podían enviar a sus hijos a la escuela. La periodista recuerda otros hechos de importancia como la cancelación de la deuda de la agricultura, los primeros pasos de la reforma agraria, la proliferación de cooperativas del campo, el control de precios, la regulación del mercado de productos básicos y las ayudas para la integración de los nómadas. Le causaron una penosa impresión los ataques de la guerrilla *mujaidín* pagada por la CIA a las escuelas y profesores de áreas rurales (52).

Un reportaje del “San Francisco Chronicle” indica que “Kabul fue en tiempos una ciudad cosmopolita, llena de artistas y de *hippies*. En la universidad de la capital, había alumnas de agricultura, carreras técnicas y administración de empresas. Había mujeres en cargos públicos y en el Parlamento, que contaba con siete diputadas en la década de los 80. Las mujeres viajaban, salían y por la ciudad era fácil verlas al volante. El 50% del alumnado universitario era femenino” (53). La auto-censura ideológica de la prensa norteamericana llevó a segundo plano u ocultó que las mujeres afganas ocuparon estos espacios en el tiempo que duró el Gobierno marxista apoyado por los soviéticos.

LA JIHAD Y LOS TALIBANES DIRIGIDOS POR LA CIA

La intervención soviética fue la oportunidad de oro que esperaba la CIA para elevar un punto la intensidad de la resistencia tribal y convertirla en guerra santa, en una *jihad* islámica contra el comunismo ateo. Una guerra en la que se buscaba no sólo expulsar a los infieles de Afganistán sino liberar a las nacionalidades de la Unión Soviética con mayoría musulmana. Durante años, Estados Unidos y Arabia Saudita se gastaron más de 40.000 millones de euros en la guerra de Afganistán. La CIA y sus aliados reclutaron, armaron y dieron instrucción a cien mil *mujai-*

din procedentes de cuarenta países con fuerte presencia de población musulmana entre los que estaban Pakistán, Arabia Saudita, Irán, Argelia y el mismo Afganistán (54). Uno de los que respondió a esta llamada fue un millonario nacido en Arabia Saudita, conocido por sus ideas reaccionarias, llamado Usamah Bin Laden, que participó en la guerra con su dinero y su cohorte.

Después de una larga guerra en la que llevaron las de perder, los soviéticos se retiraron del país en febrero de 1989. Se suele decir que el Gobierno marxista del PDP cayó en cuanto salieron sus aliados de Moscú, pero lo cierto fue que mantuvo apoyo popular como para seguir luchando otros tres años, de forma que aún consiguieron durar un año más que la propia Unión Soviética. El Estado soviético se deshizo en 1991 mientras que el Gobierno del PDP, no obstante el terrible desgaste de tener que hacer frente al muy superior armamento norteamericano, aguantó hasta 1992.

Inmediatamente después de hacerse con el poder en Afganistán, los *mujaidin* comenzaron a luchar entre ellos. Arrasaron ciudades, aterrorizaron a la población, saquearon, organizaron ejecuciones masivas, cerraron las escuelas, violaron a miles de mujeres y niñas y redujeron la mitad de Kabul a cenizas. Amnistía Internacional denunció que los *mujaidin* utilizaban las agresiones sexuales como “método para intimidar a la población derrotada y también como forma de incentivar a la tropa” (55).

Las tribus impusieron al país la ley del saqueo y del enriquecimiento rápido, por ejemplo mediante la exten-

sión forzada del cultivo del opio. La ISI de Pakistán, red de espionaje colaboradora de la CIA, instaló cientos de laboratorios de heroína por todo Afganistán. “Dos años después de la llegada de la CIA, la frontera entre Pakistán y Afganistán se había convertido en el primer productor de heroína del mundo y en el mayor proveedor individual de heroína de las calles de Estados Unidos” (56).

Como bien ha dicho Arundhaty Roy, los Estados Unidos “ignoraban que estaban subvencionando en Afganistán una futura guerra contra ellos mismos” (57). Después de haber sido reclutados y organizados por la CIA, los *mujaidin* tenían que valerse ahora por sí mismos. Muchos de ellos regresaron a Argelia, a Kosovo o a Cachemira, en donde llevaron a cabo atentados terroristas en el nombre de Alá contra los corruptores enemigos de la religión verdadera.

En 1993 ocurrió el primer atentado contra el World Trade Center de Nueva York. El estallido de una furgoneta cargada de explosivos en el garaje situado en el sótano de las Torres Gemelas mató a seis personas y causó heridas a más de mil. La mayor parte de los terroristas que intervinieron en este atentado eran *mujaidin* veteranos de la guerra afgana. En 1995, se descubrió que el jefe de una banda de diez personas, convictas de conspirar para hacer estallar una bomba en la sede de la ONU así como en otros edificios de Nueva York, era el jeque Omar Abdul Rahman, que había colaborado con los *mujaidin* en Afganistán. Como Rahman había logrado tiempo antes, a través de un agente encubierto de la CIA, un visado para

entrar en los Estados Unidos, se sospechó de la implicación de la propia CIA en la intriga (58). Los casos citados mostraron lo fragmentada y autónomamente que actuaban estas células terroristas y dejaron de manifiesto su capacidad para infiltrarse en cualquier país.

En Afganistán, mientras tanto, los jefes de tribus que ocupaban el poder no dejaban de luchar entre ellos y de mantener el estado de terror sobre la población. En 1994, los gobiernos de Pakistán y de los Estados Unidos resolvieron confiar en una fracción política para poner fin a la guerra interna y unir al país bajo la dirección de un gabinete estable que tendría también el cometido de asegurar el funcionamiento del oleoducto de Unocal que debería cruzar Afganistán (59). Un año después, un grupo Sunnita que se identificaba como Talibán, que disponía de la ayuda y asesoramiento del ISI de Pakistán y de la CIA y que contaba además con el apoyo de los partidos islámicos pakistaníes, se hizo con el poder en casi todo el país después de someter a muchos jefes tribales a base de amenazas y sobornos.

Los talibanes prometieron poner término a la lucha entre fracciones, al atropello y al delito que era la norma entre los *mujaidin*, pero no por eso cesaron algunas formas de violencia. Cada mes se ejecutaba en los estadios a sospechosos de homicidio y espionaje mientras se les cortaba la mano culpable a los ladrones (60). Al igual que hacían sus homólogos, los cristianos reaccionarios, los talibanes imponían una moral estricta de la que estaban excluidos el sexo antes del matrimonio, el adulterio y la homosexuali-

dad. Igual que los cristianos fundamentalistas, defendían una interpretación estricta y literal de los sagrados textos. Prohibieron la música, el teatro, las librerías, la literatura, la educación seglar y casi toda la investigación, tal como hicieron los cristianos a partir de sus comienzos y durante muchos años (61).

El estado de terror impuesto por los talibanes significaba una interpretación de la Ley Islámica mucho más rigurosa que la que practicaban los mullahs de Kabul. Obligaron a todos los hombres a lucir barba sin recortar y a las mujeres a llevar *burka* que las cubría de pies a cabeza. Todos los que no mostrasen diligencia en el cumplimiento de estas normas se hacían acreedores a severos castigos administrados por el Ministerio de la Virtud. Se obligaba a la mujer a una completa sujeción al hombre, sin perjuicio de lo bruto o sádico que pudiese ser en su caso el patriarca. La mujer que se fugaba de un hombre cruel o la que se atreviese a denunciar malos tratos se hacía acreedora a terribles azotes de la jerarquía teocrática. No podían las mujeres aparecer en público a menos que estuviesen acompañadas por un pariente varón. Era obligatorio pintar de negro los cristales de las ventanas para que los viandantes no pudiesen espiar a las mujeres de la casa. Se les negó acceso a los baños públicos aunque en estos rigiese desde tiempos remotos la separación de sexos. Quedaron excluidas de toda clase de vida de sociedad, se les negó casi por completo el derecho a ser asistidas por un médico, fueron apartadas de la educación en todos los niveles y de la opción a un trabajo fuera de casa. Lapidaban a la mujer

calificada de inmoral y enterraban viva a la viuda culpable de adulterio.

Nada de esto preocupó al Gobierno de Washington que mantuvo sin ninguna clase de rubor su pleno apoyo a los talibanes. Aún en 1999, el Gobierno de los Estados Unidos pagaba el salario completo de todos y cada uno de los cargos del Gobierno de los talibanes (62). El presidente George II no denunció el indecente comportamiento de los talibanes con las mujeres hasta que en octubre de 2001 se vio en la necesidad de cerrar filas alrededor de su propuesta de enterrar Afganistán bajo las bombas. Laura Bush se reveló de la noche a la mañana como una ardiente feminista que consagraba sus intervenciones públicas a un detallado memorial de los agravios cometidos contra la mujer afgana.

¿Hicieron algo bueno los talibanes? Consiguieron frenar en gran parte el pillaje, las violaciones y los asesinatos que los *mujaidin* habían practicado sistemáticamente. En 2000, el Gobierno talibán también logró erradicar en las áreas del país bajo su control el cultivo del *Papaver Somniferum*, la amapola del opio, un esfuerzo que la agencia especializada de la ONU consideraba un éxito casi completo (63). Una vez derrocados los talibanes e instalado en Kabul un gobierno *mujaidin* hecho a la medida de Occidente en diciembre de 2001, la producción de opio se recuperaba espectacularmente (64).

De los diecinueve terroristas identificados en la investigación de los atentados del 11S en Nueva York y Washington, siete eran saudíes, uno egipcio y otro de los Emiratos Árabes. Por lo que sabemos, ninguno era talibán

ni afgano y jamás habían visitado Afganistán. Sin embargo, se decidió que el país a castigar con un colosal bombardeo era Afganistán, al parecer porque Usamah Bin Laden y sus socios de Al Qaeda habían declarado la guerra a los Estados Unidos desde allí.

En los últimos días de 2001, las fuerzas talibanes o pertenecientes a la red de Al Qaeda fueron aniquiladas, cambiaron de bando o huyeron a la vecina Pakistán. Esto aconteció después de dos meses y medio de bombardeos a gran escala por parte de los Estados Unidos, con misiles de crucero, bombarderos Stealth, bombas de fragmentación de última generación, Tomahawks y otras armas anti-persona. Según un estudio de Marc Herold, economista de la Universidad de New Hampshire, la guerra se cobró más de 3.760 civiles, sin contar las bajas indirectas causadas por minas personales, hambre, frío y sed (65). Los bombardeos y la guerra en general convirtieron en refugiados a varios millones de afganos. Hacia el final de 2001, más de siete millones de personas de una población que se calculaba en unos veintidos no tenía nada que comer en situación muy grave de hambre límite. A las puertas del invierno, cada día morían muchos afganos por hambre y frío (66).

Al abrigo del formidable poder aéreo de los atacantes, aumentaban las opciones para un gobierno de recambio de la Alianza del Norte, una coalición disidente de tribus guerreras conocidas por el pillaje criminal que habían practicado en los días previos del Gobierno de los talibanes. Un informe de Amnistía Internacional señalaba que durante la guerra de 2001 dirigida por los Estados Unidos,

tanto milicianos talibanes como sus adversarios *mujaidin* cometieron “matanzas indiscriminadas de civiles y asesinatos en razón de pertenencia a una etnia determinada”. Hacia el final de 2001 no dejaban de llegar noticias de ejecuciones sumarias de prisioneros talibanes a manos de los mujaidin. Un comunicado de la Asamblea Revolucionaria de Mujeres de Afganistán (RAWA en siglas inglesas) celebraba el derrocamiento de los talibanes pero lanzaba una advertencia sobre la condición criminal de algunos grupos integrados en la Alianza del Norte. La RAWA reclamó la intervención de las fuerzas de paz de la ONU para salvaguardar los derechos humanos de los afganos, propuesta que no despertó ningún entusiasmo en la Casa Blanca ni en los jefes tribales pero que parecía tener apoyo popular (67).

LA SANTA CRUZADA DEL PETRÓLEO Y DEL GAS

La vertiginosa caída del Gobierno talibán no acabó con el problema del terrorismo, entre otras cosas porque, a medida que corrían los últimos días de 2001, no había ni rastro de Usamah Bin Laden. Después de haber fracasado en su captura, la Casa Blanca dio a entender que el líder talibán podía haber muerto bajo el diluvio de bombas y que no era, al fin y al cabo, la pieza clave del problema. Lo importante era la organización y sus campamentos, de los que no había quedado piedra sobre piedra.

Tal vez Bin Laden no tuviese la importancia que se decía. Lo cierto es que, además del combate contra el terrorismo, había otras razones que atraían a Afganistán al poder de Estados Unidos. Asia central es rica en gas y petróleo. Según el Departamento de Energía de EEUU, la depresión del Caspio tiene una reservas de ciento diez mil millones de barriles, unas tres veces las reservas de Estados Unidos. Turkmenistán atesora inmensos recursos de gas natural. No es de extrañar que los jefes de la política estadounidense tuvieran en mente ocupar posiciones en Asia central mucho antes de septiembre de 2001 (68). El hallazgo de grandes reservas de petróleo y gas en Kazajistán y Turkmenistán hacía las veces de cebo mientras que con la quiebra de la Unión Soviética desaparecía el principal obstáculo contra una política agresivamente intervencionista en aquella parte del mundo.

Las compañías petrolíferas de EEUU adquirieron los derechos del setenta y cinco por ciento de estas nuevas reservas, pero quedaba sin resolver el problema de cómo extraer el petróleo y el gas en un enclave de tan difícil acceso. Washington descartó tanto el uso del oleoducto ruso como la ruta más directa a través de Irán hacia el Golfo Pérsico, y en cambio estudió con las grandes empresas contratistas una serie de conducciones opcionales a través de Azerbaijón y Turquía hasta el Mediterráneo o bien la salida al Pacífico a través de China. Unocal, empresa con sede en EEUU, prefería el paso por Afganistán y Pakistán hacia el Índico, pero las intensas negociaciones que mantuvo con el régimen talibán no habían dado resultado a la

altura de 1998, mientras una empresa argentina adelantaba una oferta competitiva para el oleoducto. La guerra de Bush contra los Talibán devolvió a Unocal sus esperanzas de alzarse con la prenda (69).

Es obligado recordar que los gobiernos de Clinton y Bush no incluyeron a Afganistán en la lista oficial Estados acusados de promover el terrorismo a pesar de conocer la presencia de Bin Laden como huésped del Gobierno talibán. La calificación oficial estadounidense de *Estado Delincuente* habría hecho imposible que la petrolera Unocal, o una contratista de EEUU en su nombre, llegasen a un acuerdo con Kabul para montar la traída del petróleo desde los campos de gas y petróleo de Asia Central.

Es decir, que mucho antes de septiembre de 2001 el Gobierno de Washington preparaba la intervención contra los Talibán para crear un régimen plenamente sometido a sus intereses en Kabul con presencia militar estadounidense en Asia Central. Los atentados del 11S fueron el estribo perfecto de cara a la opinión pública y a los aliados renuentes para que aceptasen apoyar una intervención militar.

¿LO SABÍAN ANTES?

Los atentados terroristas del 11S crearon un pretexto de tanta utilidad para una involución reaccionaria dentro del país y para una expansión imperialista en el exterior que hizo sospechar a más de uno si el propio Gobierno de los

Estados Unidos no tendría algo que ver en el asunto. Una analogía histórica se puede encontrar en la acusación que se le hizo al presidente Franklin Delano Roosevelt de estar al tanto de los planes japoneses de bombardear Pearl Harbor y no mover un dedo para detenerlos porque quería tener un *casus belli* que galvanizase a la opinión pública norteamericana contraria a involucrarse en la II Guerra Mundial. No hay duda de que a Roosevelt le interesaba cambiar esta resistencia a intervenir contra el Eje e incluso hay pruebas de que disfrazó un barco de bandera norteamericana, el *Lani Kai*, de manera que pareciese un acorazado para mandarlo al Pacífico Sur infestado de buques japoneses en un crucero de exploración que fácilmente podría acabar como un holocausto. Un ataque sobre un crucero norteamericano habría sido un inequívoco acto de guerra de Japón contra los Estados Unidos (70), pero antes de que el *Lani Kai* pudiese encontrar el destino que le tenían previsto, el Ejército Imperial lanzó un ataque de mucha mayor escala contra Pearl Harbor.

Hay indicios para presumir a Roosevelt al tanto de que los japoneses preparaban algo en el Pacífico oriental para aquella infausta mañana del domingo 7 de diciembre de 1941. Por el contrario no hay razones para creer que esperase —y mucho menos que lo deseara o que hubiese conspirado en tal sentido— la destrucción total de la Flota del Pacífico con la muerte de 2.500 norteamericanos en Pearl Harbor. El responsable de la flota, Knox, cuenta que Roosevelt era un hombre con un gran control de sí mismo y que sólo en una ocasión lo vio completamente desarma-

do: “La tarde del bombardeo de Pearl Harbor visité al presidente en el despacho oval y lo vi blanco, demudado. Era como si temiendo un disgusto, se encontrase herido de verdad” (71).

Me cuesta mucho creer que la Casa Blanca o la CIA participasen activamente en una intriga para destruir el WTC y parte del Pentágono, con resultado de muerte para un alto número de compatriotas, sólo para crear un *casus belli* contra Afganistán, pero esto no excluye la probabilidad de que temiesen *algo* y mirasen en la otra dirección sin calcular la magnitud del daño.

Patrick Martin ha escrito que inmediatamente después de los atentados, la prensa de todo el mundo dio cuenta de que los servicios de espionaje norteamericanos habían recibido avisos concretos sobre la preparación de atentados terroristas, precisamente con secuestro previo de aviones. Martin se extraña de que altos responsables del FBI decidiesen interrumpir la investigación que se seguía contra Zaccarias Massaoui, el inmigrante franco-marroquí que fue detenido a comienzos de agosto de 2001 cuando en una academia de vuelo norteamericana advirtieron que le interesaba aprender a pilotar un reactor comercial pero no despegar y aterrizar. El director del FBI en Minneapolis pidió autorización a la central de la agencia federal en Washington para investigar a fondo a Massaoui, pero los jefes del FBI se negaron porque había pocas pruebas. “Una decisión sorprendente para un departamento que no es conocido precisamente por su delicadeza respecto de las libertades civiles”. Patrick Martin añade: “No es que diga-

mos que el Gobierno norteamericano planease a conciencia cada detalle de los atentados, o previniese la muerte de miles de personas, pero la explicación oficial del 11S es la menos creíble: que un grupo de fundamentalistas islámicos, en el que muchos de ellos tenían relaciones conocidas con Usamah Bin Laden, fue capaz de organizar una gran intriga con implicación en tres continentes para derribar símbolos universales del poder norteamericano, sin que a ninguna instancia del espionaje norteamericano llegase la menor sospecha de lo que estaban cocinando” (72).

Tal vez tenga razón John Ryan cuando dice que si Washington hubiese respetado al Gobierno marxista de Taraki en 1979, “no habría habido ni ejército de *mujaidin*, ni intervención soviética, ni la guerra que destrozó Afganistán, ni Usamah Bin Laden. Tampoco la tragedia del 11S” (73). Tal vez fuese pedir demasiado que Washington dejase tranquilo a un gobierno de izquierdas que trataba de organizar el capital social en torno a las necesidades colectivas y no alrededor de la acumulación privada.

Como ya escribí en otras páginas, la intervención norteamericana en Afganistán no fue muy distinta de la que protagonizó en Camboya, Angola, Mozambique, Etiopía, Nicaragua y otras partes del mundo. Su objetivo fue siempre impedir que se realizase un cambio social igualitario y el efecto era asimismo idéntico: derrocar un gobierno reformista. En todos estos casos, la intervención hizo ascender a elementos retrógrados, arruinó la economía y sacrificó despiadadamente cientos de miles de vidas (74).

La información oficial del Gobierno norteamericano presentó la guerra contra Afganistán como una valiente cruzada contra el terrorismo cuando de lo que se trataba en realidad era del bombardeo de un país destrozado y empobrecido. La visión falsamente heroica fue también un arma que permitió a los norteamericanos movilizar a la opinión pública al tiempo que les aseguraba el control de la última reserva de energía fósil en un planeta que quema cada vez más combustible. De paso, instalaban otro gobierno títere y extendían directamente el área de influencia de los Estados Unidos hacia otra área del mundo.

EL PORQUÉ DEL INTERVENCIONISMO NORTEAMERICANO

La jerarquía política de Washington asegura que Estados Unidos interviene en todo el mundo para combatir el terrorismo, impulsar la democracia en otros países, mantener la paz y la estabilidad en áreas de riesgo, defender la seguridad de los Estados Unidos, proteger a las naciones expuestas a la agresión, combatir la tiranía, evitar el genocidio, etc. Si la decisión de intervenir en otros países tuviese tan limpias intenciones como dicen el Gobierno y los representantes en las instituciones de la democracia, ¿por qué será que Estados Unidos se ha convertido en la nación más odiada por el panteón de los terroristas? Ciudadanos de todo el mundo y de todas las clases sociales señalan al Gobierno de los Estados Unidos como la primera fuente de violencia y de explotación imperialista. No sólo los extremistas musulmanes piensan así (75). ¿Será que ellos

ven una realidad que no son capaces de percibir la mayoría de los norteamericanos?

TODO POR LA DERECHA

Desde la II Guerra Mundial, el Gobierno de Washington ha destinado más de 250.000 millones de euros a proveer las armas y la organización de las fuerzas internas de seguridad de más de ochenta países. El propósito de este enorme esfuerzo no ha sido defender a esas naciones de alguna agresión exterior sino proteger a las distintas oligarquías gobernantes y a los inversores de las empresas transnacionales de los peligros de una insurrección anticapitalista. Eso es lo que nosotros pensamos pero ¿cómo podemos probarlo? Acaso con las siguientes puntualizaciones: a) Salvo alguna excepción puntual, no existen las amenazas de los países vecinos. b) Casi todos los gobiernos *amigos* tienen sistemas económicos integrados en el espacio global dominado por las grandes corporaciones y están abiertos a la globalización capitalista en términos resueltamente favorables a la inversión transnacional. c) hay pruebas abrumadoras de que el Ejército, la Policía y los escuadrones de la muerte de estos países, sustentados por la ayuda estadounidense, han actuado regularmente para descabezar movimientos reformistas y sindicatos así como para apagar todas las protestas que reclamaban políticas igualitarias o simplemente distributivas (76).

Durante años se nos dijo que para contener la marea comunista procedente de Moscú (y a veces de Beijing), que amenazaba con anegar el planeta, era necesaria una poderosa máquina de guerra norteamericana. Pero tras la caída de la Unión Soviética y de las naciones del Este de Europa pertenecientes al Pacto de Varsovia en 1989-1991, Washington no desmontó ni una sola de las piezas de su colosal y costosísimo aparato militar. No se ha interrumpido ni recortado ni uno solo de los planes de armamento de la Guerra Fría. Por el contrario, continuamente aparecen nuevos proyectos como por ejemplo el Sistema Nacional de Misiles para la Defensa Exterior y otros proyectos de militarización del espacio. La Casa Blanca y el Pentágono se deshicieron en lamentaciones contra un nuevo frente del mal —que por alguna razón inexplicable habían ignorado hasta entonces—, una amenaza para Estados Unidos formada por *peligrosos estados delincuentes* como Libia, que tiene un temible ejército de cincuenta mil rotos, o Corea del Norte, que está en bancarrota.

Las verdaderas intenciones de los que dirigen el Estado de Seguridad Nacional de los Estados Unidos se pueden ver a quién apoyan y a quién atacan. El Gobierno norteamericano ha apoyado siempre a regímenes y organizaciones de derechas y se ha opuesto a la izquierda. Tanto la jerarquía política como los columnistas pocas veces mencionan los términos izquierda y derecha y tienen buenas razones para ello. Explicar el contexto político económico de los gobiernos y de los movimientos de izquierda sería revelar sus fines igualitarios y generalmente demo-

cráticos, lo que haría mucho más difícil su demonización. Tal como yo la veo, la izquierda representa a los individuos, organizaciones y gobiernos que se oponen a los privilegios de los ricos propietarios y defienden políticas equitativas así como un progreso común que beneficie al conjunto de la sociedad.

La derecha también es partidaria de una redistribución sólo que la suya va en sentido inverso, de abajo arriba. Los gobiernos y organizaciones de la derecha, los fascistas incluidos, usan la tierra, los mercados de trabajo y los recursos naturales como si fuese el pienso que engorda a las clases que poseen la tierra y el dinero. En casi todos los países, incluido el nuestro, grupos, partidos y gobiernos de la derecha siguen políticas de impuestos, de gasto público, sistemas policiales y control militar y políticas de desregulación y privatización que benefician sobre todo a aquellos que reciben la parte principal de su renta de inversiones y propiedades, a costa de los que viven de pagas, salarios, sueldos y pensiones. Estas características definen y distinguen a la izquierda de la derecha.

Por lo general, los creadores de opinión en Estados Unidos consideran que las fuerzas de derechas son *amigos de Occidente*, un eufemismo por *pro capitalistas*, mientras los izquierdistas son tildados de *antidemocráticos*, de *antinorteamericanos* o bien de *enemigos de Occidente*, cuando en realidad están contra el capitalismo global.

Por mucho que digan estar movidos por la defensa de los derechos humanos y la democracia, los gobiernos norteamericanos han defendido a los tiranos derechistas

más caracterizados de la historia, a gobiernos que usaron la tortura, el asesinato y el atropello de muchos ciudadanos en razón de su discrepancia política, como en Turquía, Zaire, El Chad, Pakistán, Marruecos, Indonesia, Honduras, Perú, Colombia, Argentina, El Salvador, Guatemala, Haití, Filipinas, Cuba (bajo Fulgencio Batista), Nicaragua (bajo Somoza), Irán (con el Sha) y Portugal (con Salazar).

Washington también colabora con grupos contrarrevolucionarios que han practicado una brutal violencia sanguinaria contra la población civil de países gobernados por la izquierda. Tal fue el caso de la UNITA en Angola, el RENAMO en Mozambique, la Contra de Nicaragua, los Jemeres Rojos en Camboya (en la década de los 80), los *mujaidin* y después los talibanes en Afganistán, así como los narcotraficantes y terroristas de ultraderecha del KLA de Kosovo. Todo esto, que es de dominio público, raramente aparece en los medios de comunicación de los Estados Unidos.

Entre los candidatos a beneficiarse de su ayuda, Washington ha ido a buscarlos en el espectro político a los confines de la derecha. Así pues, al término de la II Guerra Mundial, tanto la Casa Blanca como sus aliados capitalistas no movieron un dedo para erradicar al fascismo de Europa, aparte de procesar a los principales dirigentes del nazismo en Nuremberg. Poco tiempo después del juicio, antiguos nazis y colaboradores del II Reich ocupaban de nuevo puestos claves en Alemania. Cientos de nazis criminales de guerra encontraron refugio en los Estados Unidos y en América del Sur, bien en un cómodo anonimato o

como contratados por el espionaje norteamericano mientras duró la Guerra Fría (77).

En Francia, pocos colaboradores del Gobierno de Vichy fueron purgados. “No fue condenado nadie, en ningún rango de responsabilidad, por el hecho de haber intervenido en la detención y deportación de judíos a los campos de concentración nazis” (78). Las autoridades militares también repusieron colaboradores fascistas en el poder en varias naciones del Extremo Oriente. En Corea del Sur, la Policía entrenada por las fuerzas de ocupación fue usada después de la guerra para suprimir a militantes de la izquierda democrática. El Ejército de Corea del Sur estaba mandado por oficiales que habían servido en el Ejército Imperial Japonés, muchos de los cuales habían cometido espantosos crímenes de guerra en Filipinas y China (79).

En Italia, un año después de la guerra, casi todos los fascistas italianos salieron de la cárcel pero al mismo tiempo el Gobierno encerraba a cientos de comunistas y otros partisanos de izquierda que habían plantado cara a los fascistas y a sus aliados alemanes. Las autoridades aliadas fueron responsables de la mayoría de estas medidas (80). Se calcula que en los treinta años que siguieron a la guerra, instancias gubernamentales de los Estados Unidos entregaron unos setenta y cinco millones de euros a organizaciones de derecha en Italia. Desde 1969 a 1974, elementos de alto rango del espionaje civil y militar italiano, en colaboración con grupos neofascistas instalados en la jerarquía del Estado, protagonizaron una campaña de terror y sabotajes conocida con el nombre de *estrategia de tensión*, que

consistió en secuestros, asesinatos y atentados con explosivos en lugares públicos dirigidos contra la creciente popularidad de la izquierda representada en el Parlamento. En 1995, una comisión parlamentaria italiana que realizaba un informe sobre la campaña terrorista, pidió a la CIA que colaborase en su investigación. La dirección del espionaje norteamericano rehusó el ofrecimiento porque estaba profundamente implicada en los hechos (81).

En la década de los 80, terroristas de extrema derecha al servicio de la Policía cometieron una serie de asesinatos en Alemania, Bélgica y otros países de Europa del Oeste. Igual que en el precedente italiano de la *estrategia de tensión*, los atentados trataban de crear un clima de miedo e inseguridad que desestabilizase la confianza en la democracia. Los medios preponderantes de los Estados Unidos no trataron casi este asunto.

ATAQUES CONTRA LA IZQUIERDA

Viendo que el blanco de sus ataques son precisamente las políticas y movimientos de izquierda o las insurrecciones populares, comprenderemos cuáles son las inequívocas intenciones del Gobierno norteamericano. Los métodos empleados incluyen: a) la compra, infiltración y selección de nuevos elementos mediante el voto de los ya captados, de miembros de los ejércitos, de la seguridad interior y del espionaje a los que se entrega alta tecnología policial e ins-

trumentos de tortura; b) imposición de sanciones económicas y programas de austeridad del FMI; c) el soborno de líderes políticos, de mandos militares y de personajes clave; d) promover partidos racistas; e) intrigar contra las organizaciones populares y democráticas; f) Amañar los resultados de las elecciones y g) Financiar formaciones y entidades colaboracionistas, ya se trate de partidos, sindicatos, investigadores, periodistas, grupos religiosos, organizaciones no gubernamentales o medios de comunicación.

Los gobernantes norteamericanos proclaman su compromiso con la democracia. Sin embargo, en los últimos cincuenta años gobiernos reformistas democráticamente elegidos, *culpables* de haber promovido reformas económicas de corte igualitario o de reparto equitativo de la renta, fueron derrocados por sus propios ejércitos bajo la dirección del Estado de Seguridad Nacional de los Estados Unidos. Este fue el caso de Guatemala, Guayana, la República Dominicana, Brasil, Chile, Uruguay, Siria, Indonesia (bajo el gobierno de Sukarno), Grecia, Chipre, Argentina, Bolivia, Haití y Congo, entre otras muchas naciones. Los verdaderos fines de la política de Washington aparecen a la luz cuando sus patrocinados llegan al poder, pulverizan las reformas y abren las puertas al capital transnacional de forma absolutamente favorable a los inversores.

El Estado de Seguridad Nacional de los Estados Unidos ha participado con guerras encubiertas o mediante grupos mercenarios contra los gobiernos reformistas o revolucionarios de Cuba, Angola, Mozambique, Etiopía, Portugal, Nicaragua, Camboya, Timor Oriental, la Repú-

blica Árabe Saharaui Democrática, Egipto, Camboya, Líbano, Perú, Irán, Siria, Jamaica, Yemen del Sur, Islas Fidji y Afganistán, entre otros. Las actuaciones violentas fueron, en muchos de estos casos, estrictamente terroristas, dirigidas hacia objetivos desarmados como escuelas, cooperativas agrícolas, clínicas ambulatorias o aldeas. Estas guerras de terror se cobraron un precio elevadísimo en vidas y en muchos casos obligaron a los gobiernos reformistas o revolucionarios a renunciar a sus programas y asumir en cambio los dictados del FMI, de forma que, una vez impuestos estos cambios, cesaron los ataques terroristas promovidos por los Estados Unidos.

Desde la II Guerra Mundial, el Ejército de los Estados Unidos ha lanzado ataques aéreos o invadido Vietnam, Laos, la República Dominicana, Corea del Norte, Camboya, Líbano, Granada, Panamá, Libia, Iraq, Somalia, Yugoslavia, y más recientemente Afganistán. Un record de agresiones militares que no tiene ni punto de comparación con las de cualquiera de los gobiernos comunistas que han existido en la historia. Los Estados Unidos y las fuerzas de la NATO descargaron bombardeos terroristas durante las veinticuatro horas del día sobre Yugoslavia en 1999. Estas bombas fueron lanzadas contra bloques de pisos en construcción, casas particulares, hospitales, escuelas, fábricas propiedad del Estado y emisoras de televisión y radio públicas, hoteles de la red de turismo estatal, centrales de generación de electricidad de propiedad municipal, traídas de agua y puentes al mismo tiempo que muchos otros objetivos no militares que causaron gravísi-

mos daños a la estructura civil. En algunos casos, se prefirió el viejo estilo colonial de ocupación a la fórmula neoimperialista, como en Bosnia, Kosovo y Macedonia, en donde se acuartelaron tropas norteamericanas, o en la guerra de hace días contra Afganistán.

En 2000, el Gobierno norteamericano se comprometió en una guerra encubierta contra la guerrilla de izquierdas de Colombia. Al mismo tiempo, preparaba el ambiente para intervenir en Venezuela, cuyo presidente Hugo Chávez, encabeza un movimiento popular con reformas a favor de los pobres. Muchas de las informaciones de la prensa norteamericana que se refieren a Chávez lo describen como un autócrata desequilibrado que lleva a su país a la ruina. Es la misma clase de titulares de prensa que demonizaron a los sandinistas en Nicaragua, al movimiento del New Jewel en Granada, a la Unidad Popular de Allende en Chile, al presidente Noriega en Panamá, a Muhamar El Gaddafi en Libia, a Slobodan Milosevich en Yugoslavia o a Aristide en Haití, por nombrar sólo algunos de los países que fueron a continuación atacados por tropas norteamericanas o por mercenarios armados, pagados y dirigidos por la Casa Blanca.

Los gobiernos que se esfuerzan por obtener cualquier grado de independencia económica o bien destinan partes sustanciales de sus presupuestos a la provisión de servicios públicos gratuitos son los primeros candidatos a padecer el castigo de una intervención norteamericana. El *adversario* designado puede ser: a) un gobierno populista de corte militar como el de Panamá con Omar Torrijos o

aun con Manuel Noriega, el de Gamar Abdel Nasser en Egipto, Velasco Alvarado en Perú, el gobierno de izquierdas del Movimento das Forças Armadas en Portugal o el de Hugo Chávez en Venezuela; b) un gobierno cristiano socialista , como el de los Sandinistas en Nicaragua; c) socialdemócrata como el de Chile con Salvador Allende, el de Michael Manley en Jamaica, el de Andreas Papandreu en Grecia, el de Makarios en Chipre o el de Juan Bosch en la República Dominicana; d) un gobierno anticolonialista y reformista como el de Patricio Lumumba en el Congo; e) los gobiernos marxistas leninistas de Cuba, Vietnam y Corea del Norte; f) un gobierno islámico revolucionario como el de Gaddafi en Libia o aun g) un gobierno militarista conservador como el de Saddam Hussein en Iraq, cuando trata de hacer su propio criterio en relación con las cuotas de petróleo y el desarrollo nacional.

El objetivo de la política internacional de los Estados Unidos no es otro que la reducción de todos los países a la condición de Tercer Mundo, sin olvidar a Europa y a la misma Norteamérica. Un mundo en el que las leyes del capital sean preponderantes y en el que no sea preciso tratar las condiciones de trabajo con sindicatos; en el que no exista una clase obrera próspera, ilustrada, bien organizada y con horizontes de mejora; en el que no haya fondos ni de pensiones, ni sanidad pública ni políticas de protección ambiental o cualquier otra indeseable intervención de Estado que signifique un recorte de los beneficios privados.

A pesar de que les cuelguen el sambenito de antioccidentales o antinorteamericanos, casi todos los gobiernos

de izquierdas, como el de Cuba y Vietnam o el de la antigua Unión Soviética, no han escatimado gestos amistosos ni buena voluntad para establecer relaciones diplomáticas y económicas normales con los Estados Unidos. El conflicto con ellos no está causado por su hostilidad con Norteamérica sino por la intolerancia de Washington hacia todos los sistemas de clases diferentes del suyo.

Al final de la II Guerra Mundial, el Gobierno norteamericano ayudó a las naciones del Tercer Mundo, puso en marcha el Plan Marshall y aceptó a regañadientes reformas que dejaron beneficios marginales a la clase obrera en Europa occidental y otros países. Lo hicieron por la competencia de la Guerra Fría con la Unión Soviética y contra el fuerte ascenso de los partidos comunistas en los países de Europa occidental (82). Aquella necesidad de emulación terminó y tanto el Tercer Mundo como la clase obrera en general son tratados con nula consideración dentro de la actual campaña por recortar las conquistas político económicas de los trabajadores en todas partes.

DESPUÉS DE LA CONTRARREVOLUCIÓN

La política seguida en los países que han sido reintegrados en la órbita occidental nos puede dar la medida de las intenciones de los que la trazaron. Tomemos el ejemplo de Granada. En 1983, tropas de los Estados Unidos invadieron la minúscula y en buena medida indefensa nación

(que tiene ciento diez mil habitantes) en una flagrante violación del derecho internacional. La administración Reagan justificó el asalto como parte de una operación de rescate de los alumnos norteamericanos de la facultad de medicina de Saint George y añadió que el Gobierno revolucionario del New Jewel había permitido que la isla se convirtiese en un campo de entrenamiento cubano-soviético con fuertes contingentes de tropas cubanas y *armas letales para exportar el terror y minar la democracia*. También dijeron que el Gobierno del New Jewel tenía el propósito de construir sendas bases de submarinos y aviones soviéticos que convertirían a la isla en un lugar de ventaja para el control de los puntos vulnerables de las rutas de los petroleros hacia Norteamérica, que se convertía así en una nación a merced de sus adversarios (83). Cuando se demostró que estas acusaciones carecían totalmente de fundamento (84) hubo quien tachó la política de la Casa Blanca hacia Granada de alarmista y equivocada. Sin embargo, ni la alarma ni el error, aun en el caso de ser verdaderos, deben llevarnos a creer que todo fue producto de una equivocación. Más bien hay otros motivos que Washington prefieren no mencionar.

De hecho, el Gobierno revolucionario de Granada estaba entregando leche y otros alimentos a los más necesitados que también empezaban a recibir materiales para mejorar sus viviendas. Por primera vez, la educación era gratuita a todos los niveles y se abrían centros de salud públicos en el medio rural, gracias sobre todo al trabajo voluntario de los médicos cubanos. Se había legislado para

que las mujeres fuesen iguales que los hombres ante la Ley y tuviesen el mismo salario que ellos. Se cedía la tierra improductiva a cooperativas y al mismo tiempo que se orientaba la producción agrícola hacia el autoabastecimiento y se huía de las importaciones procedentes de cultivos industriales intensivos (85).

La invasión norteamericana y la intervención de la isla significaron el final abrupto de casi todas estas medidas. Bajo la ocupación, aumentó el paro, se agravó la pobreza, las cooperativas murieron por falta de medios o fueron suprimidas y se llevó a cabo el traslado forzoso de aldeas agrícolas para construir campos de golf. La industria turística controlada por multinacionales experimentó un gran auge. Granada reingresó en el Tercer Mundo al asumir todos los rasgos de una economía privatizada y de libre mercado.

Algo muy parecido ocurrió después de que los Estados Unidos invadiesen Panamá en diciembre de 1989 con la presunta intención de llevar a Manuel Noriega, al que pintaron como un dictador y narcotraficante, ante la Justicia. Una vez que el Ejército norteamericano ocupó el poder, después de meter en la cárcel a Noriega y a su gabinete de militares izquierdistas, todos los indicativos económicos de Panamá se derrumbaron. El paro, que ya era alto a causa del bloqueo norteamericano, se elevó al 35% después de un drástico plan de despidos en el sector público. Las autoridades de ocupación norteamericanas eliminaron pensiones y otros derechos de los trabajadores, suspendieron las ayudas al sector público, privatizaron los

servicios en manos del Estado, cerraron las emisoras de radio y televisión de propiedad pública y metieron en la cárcel a una serie de directores y redactores panameños que habían criticado la invasión. También encerraron a líderes sindicales y llevaron a cabo una purga de ciento cincuenta miembros de comités de empresa elegidos por los votos de sus compañeros de trabajo. Aumentaron enormemente la delincuencia, el tráfico de drogas, la pobreza y el número de los sin techo (86). Bajo la bandera de la *democracia*, reintegraron a Panamá con paso firme en el libre mercado y el Tercer Mundo.

Un esquema reaccionario muy semejante fue el que se aplicó a los países del Este de Europa y a la Unión Soviética. Durante años, comentaristas áulicos, dirigentes norteamericanos y respetables académicos de la ciencia política nos explicaron que la Guerra Fría era en realidad una lucha defensiva contra la voluntad del comunismo de extenderse a todo el mundo. No nos avisaron de que el capitalismo también estaba decidido a dominar el mundo. Así fue como después de la caída de la Unión Soviética en 1991, la jerarquía política de Estados Unidos reconoció que, además de elecciones libres, tenía otros remedios de aplicación urgente para las *naciones cautivas*. Quedaba claro, por lo tanto, que librarnos del comunismo significaba acabar con la propiedad pública de los medios de producción. De su actitud se desprendía esta pregunta: ¿qué utilidad puede tener la democracia política si permite mantener una economía socialista o aun socialdemócrata? La política no parecía tener tanta importancia como la eco-

nomía porque el fin era y sigue siendo un sistema plenamente privatizado que favorece los intereses del capital financiero a cuenta de la población de cada país.

PREDICAR ES MÁS IMPORTANTE
QUE DAR TRIGO

A veces, el Gobierno norteamericano dice que el verdadero objeto de sus desvelos es hacer del mundo un lugar seguro para el capitalismo transnacional. En esos casos, predicar parece más importante que dar trigo porque ¿qué pueden significar esas palabras sino una declaración palmaria de intenciones, más importante que los hechos? Cuando el presidente Woodrow Wilson, por ejemplo, sopesaba el envío de tropas para derrocar el recién instalado gobierno socialista revolucionario de Rusia en 1917, Rober Lansing, ministro de relaciones extranjerías, anotó en un documento confidencial las preocupaciones de clase del Gobierno. Lansing ignoró todo el revuelo que estaba armando la Casa Blanca sobre la condición de agentes al servicio de Alemania de Lenin y los Bolcheviques y, por el contrario, advirtió de que se trataba de socialistas revolucionarios cuyo propósito era “conseguir que una humanidad ignorante e incapaz se hiciese con el poder del mundo”. Los Bolcheviques querían “derrocar todos los gobiernos y establecer sobre las ruinas resultantes una dictadura del proletariado en cada nación”. Su llamamiento estaba

dirigido “a una clase que no tiene nada pero espera obtener algo de la transformación política antes que de la iniciativa privada y esto, naturalmente, es una amenaza en toda regla para el orden de cosas (es decir, el capitalismo) existente en todo el mundo”. Lansing avisaba del peligro de que este discurso “consiga atraer al ciudadano medio que carece de elementos de juicio para comprender en dónde reside el error básico” (87).

Casi cuarenta años después, en 1953, el presidente Dwight Eisenhower pronunció una verdad prohibida en su discurso sobre el Estado de la Unión: “Nuestra política exterior está dirigida con seriedad y rigor a la creación de un clima acogedor para las inversiones (privadas) en el extranjero” (88).

En 1982, George Bush padre, que en aquel entonces era vicepresidente del Gobierno Reagan, proclamó: “Queremos que se mantenga el clima favorable a las inversiones extranjeras en el área del Caribe, no sólo para proteger al capital Norteamericano que ya opera allí, sino para animar nuevas inversiones en toda esta serie de países estables, democráticos y de libre mercado, que están cerca de nuestras costas”. Un consejo que no se limitaba a los países cercanos, como puede deducirse del discurso del General Gray, comandante de la Infantería de Marina, que reclamaba para los Estados Unidos “plena libertad para establecer y desarrollar economías de mercado en todo el mundo” (89).

El 27 de septiembre de 1993, el presidente Clinton dijo ante la Asamblea de las Naciones Unidas: “Nuestro

primer objetivo es expandir y fortalecer la comunidad mundial de democracias de libre mercado” (90). Durante estos últimos diez años, desde el Gobierno de Estados Unidos han reclamado repetida y explícitamente *reformas de libre mercado* en todos y cada uno de los países que pertenecieron al área comunista de Europa del Este. Lejos de ser uña y carne, como los dirigentes norteamericanos y los columnistas áulicos nos repiten sin cesar, el capitalismo y la democracia son más bien como el agua y el aceite. A la Casa Blanca le es de utilidad defender el sufragio universal si ayuda a derrocar el socialismo de partido único y le sirve de coartada para la restauración capitalista. Pero cuando estorba el imperio del capitalismo, la democracia ya no es tan deseable. Así decidió el Estado de Seguridad Nacional de los Estados Unidos cuando resolvió terminar con los gobiernos salidos de las urnas de Guatemala en 1953, de Chile en 1973, de Grecia en 1967 o de Indonesia en 1965, por citar sólo algunos casos. El ejemplo más reciente es el de Yugoslavia. Como Estado que agrupaba a varios pueblos diferentes, la federación yugoslava era una potencia industrial dentro de su área, con índices económicos de prosperidad: un crecimiento anual importante, asistencia médica universal y gratuita, alfabetización al noventa por ciento y una existencia relativamente próspera y equitativa para los distintos pueblos que agrupaba. En rigor, a partir de los años 70 no se podía definir a Yugoslavia como un Estado socialista, el Gobierno norteamericano sabía que dos tercios de la economía eran todavía de propiedad pública y que subsistía un amplio e igualitario sector de servicios que

se daba de bruces con la política de conversión al libre mercado y de asimilación al modelo del Tercer Mundo.

Ya en 1984, el Gobierno Reagan emitió la Directiva de Seguridad Nacional número 133, con el título *Política de Estados Unidos con Yugoslavia*, que llevaba el sello *exclusivamente para uso interno*, y en ella se seguían las líneas trazadas en un documento anterior relativo a Europa del Este que reclamaba una *revolución tranquila* para derrocar a los gobiernos comunistas y “reintegrar a los países del Este de Europa en la órbita del Mercado Mundial (es decir, del capitalismo global). Las *reformas* económicas que el FMI y otros acreedores extranjeros impusieron a Yugoslavia ponían como primera condición que todas las empresas de propiedad estatal y todas las unidades de producción dirigidas por consejos obreros se transformasen en sociedades privadas capitalistas (91).

En Febrero de 1991, los representantes de Estados Unidos en la Conferencia de Rambouillet dejaron bien claro su propósito de privatización económica. En el artículo 1 del Capítulo IV de los *acuerdos* de Rambouillet (que en realidad fueron un ultimatum impuesto contra Serbia y Montenegro, lo que quedaba de Yugoslavia) se dice en términos bien claros: “La economía de Kosovo deberá funcionar de acuerdo con los principios de libre mercado”, lo que implicaba que no hubiese restricción para el movimiento de bienes, servicios y capitales. También se decía que todos los reglamentos de comercio, inversiones y registro mercantil deberían regirse por el estatuto privado” (92).

En el 2000, el *Pacto de Estabilidad para el Sudoeste de Europa* hacía un llamamiento para la *creación de vibrantes economías de mercado* en los Balcanes. El Gobierno Clinton lo celebraba por sus interesantes *directivas sobre inversiones* a todos los países del Sudeste de Europa y, en ese mismo año, el Consorcio Privado para Inversiones en el Extranjero (OPIC en siglas inglesas) lanzaba un fondo que sería administrado por la Compañía Soros de Fondos Privados, cuyo fin, según explicaba la Embajada de los Estados Unidos en Macedonia no era otro que “proveer capital para ampliación de empresas, para el desarrollo de nuevos negocios y para privatizaciones” (93). Al mismo tiempo, la Agencia para el Desarrollo Internacional (USAID) anunciaba su intención de “abordar programas asistenciales para reformas y reestructuraciones económicas... que condujesen a Montenegro a un sistema económico de libre mercado” (94).

Detrás de las palabras llegaron los hechos: diez años de ajustes del FMI, un prolongado bloqueo (promovido por Estados Unidos), las guerras de secesión más los bombardeos masivos de 1999 dejaron la economía de Yugoslavia en la ruina completa. En abril de 2001, según el semanario londinense “Financial Times”, los gobernantes de recambio de Yugoslavia, por fin pro-occidentales, favorecidos por millones de dólares norteamericanos para sus campañas electorales, lanzaban “un programa completo de privatizaciones como parte de las reformas económicas que se aplicaron después del derrocamiento del anterior presidente, Slobodan Milosevich”. Este plan

comprendía la venta de más de siete mil empresas, de propiedad pública o regidas por consejos obreros, a inversores privados” (95).

CONJURA, INCOMPETENCIA Y RUTINA

Se espera de nosotros que tracemos objetivos y sigamos alguna meta en la vida de la misma manera que hay naciones que a través de la historia han dejado claro cuál era su voluntad y la han cumplido con resolución. Pero en cuanto alguien identifica en el Estado de Seguridad Nacional de los Estados Unidos un objetivo predeterminado, los sociólogos del pensamiento dominante y los comentaristas áulicos dicen que esa clase de ideas proceden de una *conjura*. A los efectos perniciosos producidos por cualquier intervención política se les da la calificación de *consecuencias involuntarias*. Es evidente que se dan efectos no deseados y que ciertas sublevaciones cogen a veces distraídos a los gobernantes de Estados Unidos, pero no tiene sentido reducir estos efectos políticos al mero azar y pretender que los acontecimientos son las más de las veces producto de la casualidad. Como repiten por ahí ciertas figuras políticas modelo de confusión, los hechos suceden sin que estén previamente anotados en ninguna agenda.

Cuando se dice (y yo lo suscribo) que los individuos que dirigen el Estado de Seguridad Nacional de los Estados Unidos saben, pretenden y hacen más de lo que

publican, no creo que nadie pretenda que sean omnipotentes ni que su capacidad sean ilimitada. Se constata, más bien, que la política norteamericana no es ni ciega ni errática, por mucho que contenga errores y dudas, y que, por el contrario, sobre todo en su proyección exterior, es notablemente consistente y coherente. Podríamos decir que tiene un éxito de muerte si tenemos en cuenta los intereses que representa.

Casos ha habido de dirigentes políticos que han tratado de defenderse con el capirote de la incompetencia. En 1986 se descubrió que el Gobierno de Reagan llevaba a cabo operaciones encubiertas para evitar el control del Congreso (y el cumplimiento de las leyes) con fondos procedentes de la venta secreta de armas a Irán, para financiar a los mercenarios de la contrarrevolución (los *Contras*) de Nicaragua y probablemente campañas electorales de los republicanos. El presidente dijo que tenía pleno conocimiento de la venta de armas pero juró que no tenía idea de lo que podía haber pasado con el dinero. Nos inducía a creer que aquellas operaciones habían quedado en manos de subordinados, entre los que estaba nada menos que su asesor para la Seguridad Nacional, que por lo visto no se enteró de nada. Reagan lo criticó por su estilo descuidado y por la falta de control administrativo sobre el departamento que dirigía y cuando el asesor admitió su incompetencia hubo comentaristas que prefirieron hablar de la infantil ignorancia que padecían sus líderes antes que tratarlos como estafadores. Más adelante se recogieron testimonios jurados de sus subalternos en los que estos ase-

guraban que Reagan tenía mucho menos de idiota de lo que fingía y que su implicación personal había sido completa en el asunto Irán-Contra (96).

La historia nos señala que tanto la CIA como otras instancias del Estado de Seguridad Nacional han recurrido a toda clase de bellaquerías e ilegalidades, entre las que no son asunto menor el uso de falsa propaganda, sabotajes, sobornos, pucherazos electorales, colaboración con bandas de delincuentes, tráfico de narcóticos, asesinatos por encargo, terrorismo con explosivos, tortura, masacres y guerras encubiertas. Cargos relevantes en el Gobierno de Estados Unidos se extrañan de que alguien pretenda relacionarlos con este memorial de infamias. Nada menos que el poderosísimo Henry Kissinger se cansó de repetir que no se podía atribuir a la maldad lo que no era más que ignorancia y torpeza cuando le preguntaban por el papel indigno que él y sus colaboradores representaron en Timor Este, Indochina, Chile y Bangladesh, por no continuar una lista mucho mayor. En los escritos y discursos de Kissinger abundan los consejos sobre la importancia de mantener el nivel de eficacia de la política norteamericana y la necesidad de impresionar al mundo con la enérgica resolución de Estados Unidos. “Pero enfrentado con el temor a cualquier investigación que pudiera mostrar su responsabilidad en delitos políticos, se apresura a denigrar a su país y a los profesionales que con él trabajaban, a los que suele acusar de que saben poco, se preocupan menos, no se informan y se les hacen los dedos huéspedes en cuanto les meten prisa” (97).

Otras veces se culpa de los desastres a la inercia de algunos organismos. Se habla de intervenciones decididas por una instancia de la seguridad nacional para mostrar su capacidad o simplemente por seguir la lógica interna de la propia organización, como se dice que ocurrió con la guerra de la CIA y el Pentágono contra Cuba en la invasión de la Bahía de Cochinos, en 1961. Es obvio que las inercias de sistemas de funcionamiento son a veces parte de la comedia, pero considerarlas como la fuerza predominante en una decisión política es como pretender que los caballos son la causa de las carreras.

EL ARGUMENTO DE
LAS *OTRAS VARIABLES*

Quienes buscan participar en el Gobierno nos dicen que lo hacen por toda una serie de preocupaciones personales como pueden ser el prestigio de la nación, su defensa frente a otras naciones capitalistas que pretenden hacerle la competencia, la búsqueda permanente de la superioridad estratégica, apartar la atención de los ciudadanos de los escándalos y problemas internos, contribuir a la imagen heroica del presidente o motivos parecidos. Pero todas estas razones se supeditan a los intereses capitalistas dominantes o cuando menos no los desafían. Es decir que, aunque a un presidente le preocupe deslumbrar al mundo con la imagen de su cargo, nunca

se le va a ocurrir hacerlo en defensa de la causa socialista en este o aquel país.

Ralph Miliband dijo en cierta ocasión que las preocupaciones que manifestaban los cargos públicos “no deben deslumbrarnos hasta el punto de impedirnos comprender que precisamente para cumplir los propósitos que los inquietan actúan como esclavos de sus negocios y del capital financiero” (98). Hay naciones que se comportan como imperios pero también hay representantes políticos que son incapaces de desafiar los intereses de la clase empresarial que son el fundamento del sistema.

En suma, al reflexionar sobre los acontecimientos del 11S debemos tener en cuenta que las jerarquías del poder político-corporativo han recurrido a toda clase de subterfugios, violencias y actos de violencia terrorista en su lucha por conseguir un mundo seguro para la acumulación de capital de los grupos transnacionales; por ejercer control sobre mercados, tierras, recursos naturales y mano de obra barata en todos los países; para evitar que llegasen al poder gobiernos socialistas revolucionarios, populistas o nacionalistas que buscando sistemas de producción diferentes desafíen los intereses de la globalización. Porque el fin es crear un mundo poblado por estados clientes y poblaciones sometidas, abiertos absolutamente a la entrada de las empresas transnacionales. Que nadie pretenda que una política tan continuada e implacable de hegemonía global puede dejar algo a la casualidad o al azar.

EPÍLOGO

LO QUE NO DEBEMOS HACER

El Gobierno norteamericano todavía no nos ha explicado cómo la derrota de los talibán, y tal vez la de Usamah Bin Laden y su grupo Al Qaeda, en el lejano Afganistán, va a desactivar todos los focos de actividad terrorista que operan en el mundo occidental con un considerable grado de autonomía. El electorado norteamericano puede despertarse con la sorpresa de que los reaccionarios de la Casa Blanca apenas han hecho nada para proteger la gran cantidad de puntos vulnerables a cualquier atentado que tiene una sociedad industrial. Un solo piloto suicida en una avioneta cargada de dinamita podría alcanzar una central nuclear y causar una explosión fatal para millones de personas. Un solo fanático en posesión del producto bioquímico letal tal vez lograse contaminar una traída de agua o piensos de animales para causar una epidemia. De 16.000

contenedores que entran cada día por los puertos norteamericanos, sólo se inspeccionan 500. Un miembro del departamento de Defensa durante el Gobierno de Reagan se quejaba de que en 2002 el Pentágono se va a gastar mucho más en la Defensa Nacional de Misiles (heredera de la *Guerra de las Galaxias*) que en la vigilancia de costas (99).

¿Y qué decir de las condiciones de fondo que son el verdadero crisol del terrorismo? También en este caso parecen más interesados los gobernantes de Norteamérica en aprovecharse de los atentados terroristas que en modificar las estructuras que favorecen su aparición. No muestran ni el interés ni la voluntad de aplicar cambios básicos a su política para diluir el odio que muchos sienten en todo el mundo contra el poder norteamericano. Y todo ello por una razón: *no tienen intención de romper el ciclo de violencia* y de renunciar a los bombardeos aéreos intensivos que llevan la muerte y la ruina a poblaciones civiles inocentes.

Decir *la violencia nunca resuelve nada* es por supuesto incorrecto. Hace años que algunos de nosotros insistimos en que la violencia es un arma de gobierno de la clase dominante y por eso se usa con tanta saña y frecuencia. La violencia es un recurso efectivo del poder político, uno de los instrumentos con el que impone una política perniciosa para la mayoría pero útil para los intereses financieros globales. El Gobierno de Estados Unidos usa la violencia y otras formas de coerción represiva para destrozarse a los que disienten, ya sean individuos, organizaciones o gobiernos y para violentar las condiciones de vida de pue-

blos enteros como pasó recientemente en Iraq y Yugoslavia. Pero el fugaz y mentiroso éxito que consiguen las soluciones de fuerza produce a su vez problemas y uno de ellos es el terrorismo, que surge con más facilidad cuando una oposición democrática suprimida muda en fracción armada.

La violencia de los superpoderes ha logrado erradicar movimientos populares que buscaban el beneficio de las mayorías, no el de unos pocos como el que persigue siempre la política internacional de los Estados Unidos. Tenemos que oponernos a esta política no por su fracaso sino porque le ha prestado un formidable servicio a los ricos y poderosos con un alto precio para el pueblo norteamericano pero más alto todavía para otros pueblos de la tierra.

Funciona el capitalismo con éxito arrollador en países como Indonesia, Salvador o Congo, donde el índice de acumulación es mucho más elevado y la pobreza es más profunda. Cuanto más desesperada es la pobreza, más se trabaja y por un salario menor: esa es la medida del capitalismo del Tercer Mundo, la medida de la libertad con la que actúa; ese es el espacio donde el capital no tiene que inquietarse por sindicatos, salarios altos, repartos de beneficios, reglamentos de seguridad en el trabajo, protección de los consumidores y del medio ambiente, asistencia pública y servicios sociales, cargas sobre la actividad mercantil y otros impuestos progresivos. Se dice desde hace medio siglo que es preciso llevar la prosperidad occidental a los países del Tercer Mundo y tal vez no advertimos que lo que ha sucedido es precisamente todo lo con-

trario: hemos importado las condiciones del Tercer Mundo para hacer retroceder un siglo de conquistas democráticas de los trabajadores de Norte América y Europa.

A medida que se suceden los éxitos de la jerarquía político económica de los Estados Unidos y se consuma la expansión universal de su poder y sus privilegios, la vida del planeta se hace mucho más difícil. Los derechos humanos y las expectativas de vida de millones de personas sufren cada vez más asechanzas. El terrorismo sistemático de la explotación transnacional se cobra un impuesto espeluznante: cada día mueren en el mundo 35.000 menores a causa del hambre y de enfermedades derivadas de la miseria. El número de personas que viven en situación de extrema penuria, sin esperanza de ayuda, crece en una proporción más rápida que la población del mundo. Es decir: la pobreza aumenta a medida que la acumulación es mayor.

Entretanto, el equilibrio ecológico del planeta está en peligro. La calidad del aire que respiramos y del agua que bebemos es cada vez peor, los bosques se convierten en desiertos, la agricultura industrial agota la fertilidad natural de las tierras de cultivo, las toxinas químicas contaminan la cadena integral de alimentación, se reduce el número de especies y el agotamiento de la capa de ozono y el calentamiento global pueden convertir en irreversibles sus efectos acumulativos. A pesar de todo esto, los que tienen en sus manos el control de la producción insisten en que el planeta está en orden, por lo que se consideran con licencia para acelerar la liquidación de unos recursos pere-

cederos como si fuesen inagotables, con el único objetivo de aumentar su beneficios.

Lo que necesitamos es un giro de 180 grados desde la dominación global unilateral hacia la mejora equitativa y el desarrollo sostenible de los pueblos del mundo. Esto significa que el poder norteamericano tendrá que dejar de representar el papel de propietario único del planeta que no se siente obligado a dar cuentas a nadie de lo que hace: no puede mantener por más tiempo tiranos ni oponerse a los procesos democráticos y a los gobiernos que desafían el statu-quo económico. La contienda se dirime entre los que consideran que tierra, trabajo, capital, tecnología, mercados y recursos naturales se pueden usar como reserva sin límite para la acumulación transnacional de beneficios y los que creemos que estos recursos son para el bienestar del pueblo.

No nos basta el lamento de los liberales sobre el negro cariz de la situación. Necesitamos del análisis radical que nos explique el porqué de los hechos y nos permita comprenderlos en el contexto de intereses político económicos de mayor alcance y dentro de estructuras de clase y poder. Y no debe confundirnos la situación que estamos viviendo porque no es nueva. Es posible oponerse a las ideas dominantes mediante un movimiento global antiimperialista que nos permita librarnos del monopolio ideológico ejercido por las jerarquías de poder y por los grandes grupos de presión de Norteamérica.

Este movimiento ya existe. Se manifestó en Seattle, Québec, Washington, Filadelfia, Los Ángeles, Praga, Sid-

ney, Génova, Perusa y muchos otros lugares que sería largo enumerar. Contra todo pronóstico, a pesar del monopolio de la propaganda, del desencanto, la intimidación y la desesperanza, seguimos luchando como antes y a veces avanzamos y ganamos.

Cada vez son más las personas plenamente conscientes de la terrible humillación a que están siendo sometidos sus representantes políticos y sus líderes. Son personas que comprenden que la situación que vivimos no es producto de las circunstancias sino resultado de la rapacidad concertada, de la pobreza que excreta la riqueza, de la acumulación de poder que crea a los indefensos. Un ciclo que tenemos que invertir si queremos que nuestras libertades y nuestro bienestar se extiendan en términos más equitativos y seguros y si pretendemos que la vida sobre el planeta prosiga en términos aceptables.

Los que creemos en la democracia no podemos dejarnos cegar por el reaccionarismo que se disfraza de demagogia fanática. Nuestra voluntad debe ser educar, organizar y actuar. Luchar contra la corriente siempre será preferible a dejarse arrastrar por ella.

NOTAS

Capítulo 1: “El terrorismo y la reacción se dan la mano”

1. Editorial de “Wall Street Journal”, el 19 de septiembre de 2001.
2. Asunto que se trata por extenso en el capítulo quinto.
3. Artículo de John Pilger publicado en el “New Statesman” el 17 de diciembre de 2001: “La verdadera historia detrás de la guerra de Norteamérica”.
4. “New York Times”, 13 de diciembre de 2001.
5. Cuando digo *Estado de Seguridad Nacional de los Estados Unidos* me refiero al ejecutivo de la Casa Blanca, al Consejo Nacional de Seguridad (NSC), a la Oficina Nacional de Seguridad (NSA), a la Agencia Central de Espionaje (CIA), al Departamento Federal de Policía (FBI) y al conjunto de instancias públicas que se ocupan de vigilar, suprimir, actuar de forma encubierta e intervenir tanto en el extranjero como en el interior del país. En el concepto se incluyen también los comités de seguimiento organizados por el NSC, como el *Grupo 54/12* que durante la presidencia de Nixon integraban representantes de las cúpulas del Estado, la Defensa, la CIA, el Alto Estado Mayor, la Casa Blanca y el propio NSC.
6. Citado por Tim Wheeler en “El plan de Bush pone los beneficios antes de la seguridad aérea”, en “People’s Weekly World”, del 10 de noviembre de 2001.
7. Se trata por extenso en el capítulo quinto.

8. Lewis Lapham cita estos ejemplos en “Carné de Notas: la *Jihad* Norteamericana”, publicado en Harper’s en enero de 2002.
9. USA PATRIOT es en realidad un acrónimo patético que responde a *Uniting and Strengthening America by Providing Appropriate Tools Required to Intercept and Obstruct Terrorism* (Unir y fortalecer a Norteamérica aportando los instrumentos precisos para interceptar y obstruir el terrorismo).
10. Una buena crítica es la que hace Nancy Chang en “La Ley USA PATRIOT” en “CovertAction Quarterly” de invierno de 2001. Otras informaciones de interés sobre la Ley en el sitio de la *American Civil Liberties Union* (Unión Norteamericana para las Libertades Civiles): www.aclu.org
11. Wheeler, obra citada en nota 6.
12. Para un tratamiento sumario de este asunto, leer el documento del Senador Byron Dorgan “Global Shell Games: How the Corporations Operate Tax Free” <http://www.washingtonmonthly.com/features/200.0007-dorgan.html>

Capítulo 2: “El imperativo del 11S”

13. Más datos históricos acerca de las intervenciones terroristas de Estados Unidos en todo el mundo en mis libros *Against Empire* (San Francisco: City Lights Books 1995) *Inventing Reality* (Segunda edición en Nueva York: Bedford/St. Martin's, 1993. También en *Rogue States* de William Blum (Monroe, Maine: Common Courage 2000) o *The Real Terrorism Network* (Boston: South End Pres, 1982)
14. Louis Freedberg, “San Francisco Chronicle”, 30 de diciembre 2001.
15. Informe de *Citizens for Tax Justice* (Ciudadanos por un Fisco Justo), cita en “Wall Street Journal” de 17 de octubre de 2001.
16. Citado por Bil Moyers en *Which America Will We Be Now?* (¿Que clase de Norteamérica vamos a ser?) publicado en “Nation”, el 19 de noviembre de 2001.
17. Arthur Perlo, en *Wall Street's Patriotism*, aparecido en “People's Weekly World” del 3 de noviembre de 2001. El “New York Times” se hizo eco del artículo.
18. Kathleen Pender, *Picking War Stocks is Hell*, (Las acciones de la industria militar queman), en el “San Francisco Chronicle” de 20 de diciembre de 2001.
19. “Washington Post”, 7 de diciembre de 2001.
20. “Washington Post”, 21 de octubre de 2001.
21. “Washington Post”, Artículo editorial firmado (Op-ed). 20 de septiembre de 2001.
22. Lori Wallach y Michelle Sforza, en *World Trade Organization? Corporate Globalization and the Erosion of Demo-*

cracy (Organización Mundial de Comercio? La globalización de las multinacionales y la erosión de la democracia), Washington DC: Public Citizen, 1999 y en FTAA for Beginners (Boston, Mass: United for a Fair Economy, enero de 2001) Las siglas FTAA corresponden a Free Trade Area of the Americas . Para los centroamericanos es el ALCA o Área de Libre Comercio de las Américas y para los quebequeños la ZLEA o Zone de libre-échange des Ameriques.

23. David Broder en "Washington Post", citado por Lewis Lap- ham en Notebook: *America Jihad*, publicado en el "Harper's" de enero de 2002.

Capítulo 3: “Por qué sucedió”

24. Mark Juergensmeyer, *Terror in the Mind of God* (Terror en la mente de Dios) (Berkeley: University of California Press 2000), página 6.
25. Juergensmeyer, *Terror in the Mind of God*, páginas 20 a 26.
26. Juergensmeyer, *Terror in the Mind of God*, página 113.
27. “New York Times”, 15 de diciembre de 2001.
28. Ver *The Algebra of Infinite Justice*, de Arundhati Roy. “The Guardian” de Londres, 29 de septiembre de 2001.
29. Madison Shockley, *Why do They Hate Us? Let African Americans Count the Ways* (¿Por que nos odian? Los afro-norteamericanos tenemos una explicación) En el “San Francisco Chronicle” de 9 de diciembre de 2001.
30. Robert M. Bowman, *What Can We Do About Terrorism?* (Como abordar el terrorismo). “North Coast Xpress”, Invierno de 2001.
31. Las citas y los datos de este párrafo son de Christian Parenti y de Christopher D. Cook en *Empire’s Terrors* (Los terrores del Imperio), “San Francisco Bay Guardian”, 19 de septiembre de 2001.
32. Parenti y Cook, *Empire’s Terrors*.
33. Parenti y Cook, *Empire’s Terrors*.
34. Parenti y Cook, *Empire’s Terrors*.
35. Joyce Chediak, *Turkey, The Secret El Salvador* (Turquía, El Salvador del que no se habla) “Workers World”, 19 de febrero de 1982. Mehmet Demir *Turkey: Represion Tightens Grip* (Turquía la represión aprieta) en “Guardian” de Nueva York, 12 de septiembre de 1984.

36. "New York Times", 15 de diciembre de 2001.
37. *The Algebra of Infinite Justice*, de Arundhati Roy. "The Guardian" de Londres, 29 de septiembre de 2001.
38. Las opiniones de Zakaria aparecen bien condensadas por Michael Massing en la Revista de Prensa de "Nation" del 5 de noviembre de 2001.
39. "New York Times", 14 de septiembre de 2001.
40. "Washington Post", 20 de septiembre de 2001.
41. En una reciente conferencia de Noam Chomsky, una persona del público lo acusó de cargarle el sambenito a Norteamérica. Señalando al que lo incriminaba y volviendo después el índice contra si mismo, Chomsky alzó la voz y dijo. "¡A quien estoy acusando es usted, a mi mismo y a todos nosotros por haber permitido que sucediese esto!". Instituto de Tecnología de Massachussets, Boston. Foro de Tecnología y Cultura, 18 de noviembre de 2001. Video distribuido por Ralph Cole en <http://www.justicevision.org>
42. "Washington Post", 21 de diciembre de 2001.
43. "San Francisco Chronicle", 9 de diciembre de 2001.
44. Encuesta de "Wall Street Journal"/NBC publicada el 12 de noviembre de 2001.
45. "Nation", 19 de noviembre de 2001.
46. Michael Gordon, *Pentagon Corners Output of Special Afghan Images* (Los jefes del Pentágono se quedan con las exclusivas de la guerra de Afganistán) "New York Times" de 19 de octubre de 2001.
47. Roberto J. González, *Ignorance is Not a Bliss*, (La ignorancia no es jauja) "San Francisco Chronicle", 2 de enero de 2002.
48. "Washington Post", 21 de diciembre de 2001.

Capítulo 4: “Afganistán, una historia por contar”

49. En noviembre de 2001, por ejemplo, Noam Chomsky aún condenaba la “invasión rusa (sic) de Afganistán” e insistía en que “hay que oponerse a la invasión rusa”. Ver su charla en el Instituto de Tecnología de Massachussets, Boston. Foro de Tecnología y Cultura, 18 de noviembre de 2001. Video distribuido por Ralph Cole en <http://www.justicevision.org>
50. John Ryan, *Afghanistan, a Forgotten Chapter* (Afganistán, un capítulo olvidado), en “Canadian Dimensions”, noviembre y diciembre de 2001. También *Afganistán: Washington’s Secret War*, segunda edición, de Phillipp Bonosky (Nueva York: International Publishers, 2001)
51. Taraki no estaba en contra de la religión islámica. Su compromiso era integrar al Islam dentro de un estado seglar y llegó a subvencionar una parte de los gastos de mantenimiento de las mezquitas. Ver *Killing Hope* (La muerte de la esperanza) de William Blum (Monroe, Maine: Common Courage Press 1995) página 340.
52. Marilyn Betchel, *Afghanistan: Some Overlooked History* (Algo de la historia olvidada de Afganistán). En “People’s Weekly World”.
53. “San Francisco Chronicle”, 17 de noviembre de 2001.
54. *The Algebra of Infinite Justice*, de Arundhati Roy. “The Guardian” de Londres, 29 de septiembre de 2001.
55. Informe de Amnistía Internacional citado en el “San Francisco Chronicle” de 17 de noviembre de 2001.
56. *The Algebra of Infinite Justice*, de Arundhati Roy.

57. *The Algebra of Infinite Justice*, de Arundhati Roy.
58. “Los Angeles Times” del 2 de agosto de 1993 y *Rogue States* de William Blum (Monroe, Maine: Common Courage 2000), página 35.
59. Ver *Taliban: Militant Islam, Oil and Fundamentalism in Central Asia* (Los Talibán, el islam militante, petróleo y fundamentalismo en Asia Central) de Ahmed Rashid. (New Have: Yale University Press, 2000)
60. Patrick Healy, *Kandahar Residents Feel Betrayed* (Los vecinos de Kandajar se sienten traicionados) en el “Boston Globe” de 19 de diciembre de 2001.
61. Sobre la irradiación reaccionaria de los primitivos cristianos ver mi *History as Mystery* (San Francisco: Citylights 1999) capítulos 2 y 3.
62. Ted Rall, *It’s About Oil*, “San Francisco Chronicle” del 2 de noviembre de 2001.
63. Programa Internacional para el Control de Estupefacientes de las Naciones Unidas. *Informe anual sobre la amapola del opio en Afganistán*, año 2001. http://www.Undcp.org/pakistan/report_2001-10-16-1.pdf
64. “Washington Post” de 26 de diciembre de 2001.
65. El trabajo de Herold aparece citado en el “San Francisco Chronicle” del 2 de enero de 2001.
66. Lawrence McGuire, en *Small News: Killing Other People’s Children* (Noticias secundarias: como se mata a los hijos de otros) en “Counter Punch” del 20 de diciembre de 2001.
67. Tanto el informe de Amnistía Internacional de Noviembre de 2001 como la nota del RAWA aparecen en resumen

en *Afghan Civilians at Risk in Alliance Takeover* (El asalto de la Alianza pone en peligro las vidas de civiles afganos) en "People's Weekly World" de 17 de noviembre de 2001.

68. George J. Church, *Operation Steppe Shield* (Operación escudo de la estepa) en "Time" del 18 de marzo de 1991.
69. Terrie Albano, *What's Lurking Behind the War in Afghanistan* (Que se cuece detrás de la guerra afgana) en "People's Weekly World" del 17 de noviembre de 2001.
70. Ver el revelador informe de Kemp Tolley *Cruise of the Lani Kai* (La singladura del Lani Kai) (Anápolis Nd. Naval Institute Press, 1973)
71. Cita de Tolley en *Cruise of the Lani Kai*, página 302.
72. Patrick Martin, *US Planned War in Afghanistan Long Before September 11* (La guerra de Estados Unidos contra Afganistán estaba planeada antes del 11S), World Socialist Conference, 20 de noviembre de 2001.
<http://www.or/articles/2001/nov/afghn20.shtml>
73. Ryan, *Afghanistan a Forgotten Chapter*.
74. Michael Parenti *Against Empire* (San Francisco: City Lights Books 1995), página 122.

Capítulo 5: “El por qué del intervencionismo norteamericano”

75. Imperialismo no es un término que normalmente se aplique en los medios dominantes y en las universidades para calificar cualquier intervención internacional de los Estados Unidos. Tal vez requiera una definición: en la definición que aquí les damos se entiende por imperialismo el proceso mediante el cual los dirigentes de un país usan el poder económico y militar para expropiar la tierra, el trabajo, los mercados y los recursos naturales de otro país con el objetivo de conseguir aumentar la acumulación de capital por parte de sus capital financiero tanto dentro del país como del extranjero.
76. Pruebas de esto aparecen en los libros de Michael Parenti, *Against Empire* (San Francisco: City Lights Books 1995), *Inventing Reality* (segunda edición en Nueva York: St. Martin's 1993; William Blum *Killing Hope: US Military and CIA Interventions Since World War II* (Nueva York: Black Rose Books 1998) y los trabajos de James Petras, Morris Morely, Edwar Herman entre otros. Ver el último trabajo de Petras sobre imperialismo y capitalismo, *Imperio neomercantilista en América Latina: Bush el ALCA y el plan Colombia* monografía inédita, 2001.
77. Ver Ingo Muller *Hitler's Justice* (La justicia de Hitler). Los sistemas de espionaje de occidente, los grandes intereses financieros, los ejércitos y el propio Vaticano ayudaron a los criminales de guerra. En octubre de 1944, el

comandante de las tropas aerotransportadas Walter Reder masacró a 1836 civiles indefensos en un pueblo cercano a Bolonia en Italia como venganza contra el asalto de un comando de partisanos. Fue puesto en libertad en 1985 después de que el Papa Juan Pablo II, entre otros, hiciese un llamamiento en su favor y a pesar de las encendidas protestas de los familiares de las víctimas.

78. Herbert Lottman, *The Purge* (La Purga, Nueva York: William Morrow, 1986) Página 290.
79. Hugh Deane *Korea, China and The United States: a Look Back*, en *Monthly Review*, 20 de febrero de 1995 y 29 de mayo de 1995.
80. Roy Palmer Domenico, *Italian fascists on trial 1943-1948* (Juicio a los fascistas italianos). Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1991.
81. “La Repubblica”, 9 de abril de 1995. “Corriere della Sera”, 27 y 28 de marzo, 12 de abril y 29 de mayo de 1995.
82. Peter Gowan *The NATO Powers and The Balkan Tragedy*, en “New Left Review” de Marzo de 1999, páginas 103 a 104.
83. Información que destacaron varias cadenas de televisión y agencias desde el 27 de octubre al 4 de noviembre de 1983. En el “New York Times” apareció del 6 al 20 de noviembre. En “In These Times” la trató John Judis en el artículo *Grenadian Documents do Not Show What Reagan Claims* (Los documentos de Granada no demuestran las acusaciones de Reagan) y por Daniel Lazare en *Reagan’s Seves Big Lies About Grenada* (Las siete mentiras capitales de Reagan sobre Granada) el 6 de noviembre de 1983.

84. Sobre Granada ver mi *Inventing Reality: The Politics of News Media* (La invención de la realidad: la política de los noticiarios) Nueva York: St. Martin's Press, 1993. Distribuido por Wadsworth. Páginas 148 a 151.
85. *A tottering structure of lies* (Una vacilante torre de mentiras) en "Sojourner" de diciembre de 1983, páginas 4 y 5 y en *Grenada Before and After* (Granada antes y después) de Michael Masing que apareció en "Atlantic Monthly" de febrero de 1984, páginas 79 y 80.
86. Ver el informe especial de "Labor Action" (publicación de la Coalición del Trabajo de sobre Centroamérica), Washington DC números de julio y agosto de 1990. También Clarence Lusane *Aftermath of the US Invasion* (Las consecuencias de la invasión norteamericana) en "CovertAction Information Bulletin", primavera de 1991, páginas 61 a 63.
87. Citado por William Appleman Williams: *American Intervention in Russia 1917-1920* de David Horowitz (Boston: Beacon Press 1967) páginas 36 a 38.
88. "New York Times" del 3 de febrero de 1953.
89. Citado en *The Uses of Force de Richard Barnet*, "New Yorker", 29 de abril de 1991, página 90.
90. En la versión sobre el discurso de Clinton que apareció al día siguiente en "New York Times", se omitió la frase citada. Las personas que siguieron el discurso comentaron el escamoteo.
91. Sean Gervasi *Germany, US and The Yugoslav Crisis*, en "CovertAction Quarterly" de invierno, 1992-1993. Michel Chossudovsky *Dismantling Former Yugoslavia*,

- Recolonizing Bosnia* en "CovertAction Quarterly" de primavera de 1996. También de Chossudovsky, *Banking on the Balkans* en "THIS" de julio-agosto de 1999.
92. *Acuerdo para la paz y el Autogobierno de Kosovo*, también llamado *Acuerdo de Rambouillet*, de 23 de Febrero de 1999. Versiones en varios idiomas en Internet.
93. Gregory Elich *The CIA's Covert War* (La guerra encubierta de la CIA) en "CovertAction Quarterly" de abril-junio de 2001, páginas 35 y 36.
94. Elich *The CIA's Covert War*, páginas 38 y 39.
95. "Financial Times" del 11 de abril de 2001 e informe personal de Barry Lituchy, director de "Eastern European Review".
96. Jonathan Marshall, Poeter Dale Scott y Jane Hunter *The Iran-Contra Connection* (Boston: South End 1988). *Informe del Comité del Congreso que investigó el asunto Irán-Contra* (Washington DC: Government Printing Office 1987)
97. Christopher Hitchens *The Trial of Henry Kissinger* (Juicio a Kissinger), Publicado por Verso en Londres y Nueva York en el 2001. Páginas 98 y 99.
98. Ralph Miliband, *The State in Capitalist Society* (Nueva York: Basic Books 1984) página 84. El título original está cursiva.
99. Lawrence Korb, *Perfect Time to Cut Military Spending*, en el "San Francisco Chronicle" del 31 de diciembre de 2001.

1. EL PERIODISTA CANALLA

Pepe Rei

2. FRAGA, RETRATO DE UN FASCISTA

Gustavo Luca

3. FULGOR DE LIBERTAD

El Estado contra Euskal Herria

Joaquín Navarro

4. BANCOS, BANQUEROS, BANDIDOS

Josep Manuel Novoa

5. MEMORIA ANTIFASCISTA

Recuerdos en medio del camino

Francisco Brotóns

Fuera de colección

FONDOS RESERVADOS

El negocio de la guerra

Equipo de investigación de

KALEGORRIA



KALE
liburuak
GURRIA

ISBN: 2-84747-005-0



TERRORISMO, LA GRAN EXCUSA

Michael Parenti

“**Terrorismo, la gran excusa**” es un excelente análisis escrito con una riqueza documental y una argumentación consistente sobre las profundas causas y significados del 11 de septiembre. Michael Parenti disecciona las fuerzas religiosas, políticas y económicas que están detrás del ataque, colocándolas en una adecuada perspectiva histórica en la que incluye datos que los media del capitalismo ocultan en torno a las intervenciones militares yanquis en todo el mundo.

El autor trata de responder a las preguntas que están prohibidas: ¿porqué pasó el 11 de septiembre? ¿Quién ha tenido la culpa? ¿Quién ha sacado provecho a la crisis? ¿Quién está siendo perjudicado por los eventos posteriores? ¿Y porqué les odian? Parenti diserta sobre la arrogancia, el poderío, la explotación, la opresión, el racismo, el militarismo, el imperialismo... de EEUU y señala a su país como máximo responsable de la dictadura, coacción y la explotación de un planeta liderado por un país que siembra vientos y recogió una tempestad.